

Acad. II  
Exp. 82.

# DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

ILMO. SR. D. MELCHOR DE PALAU

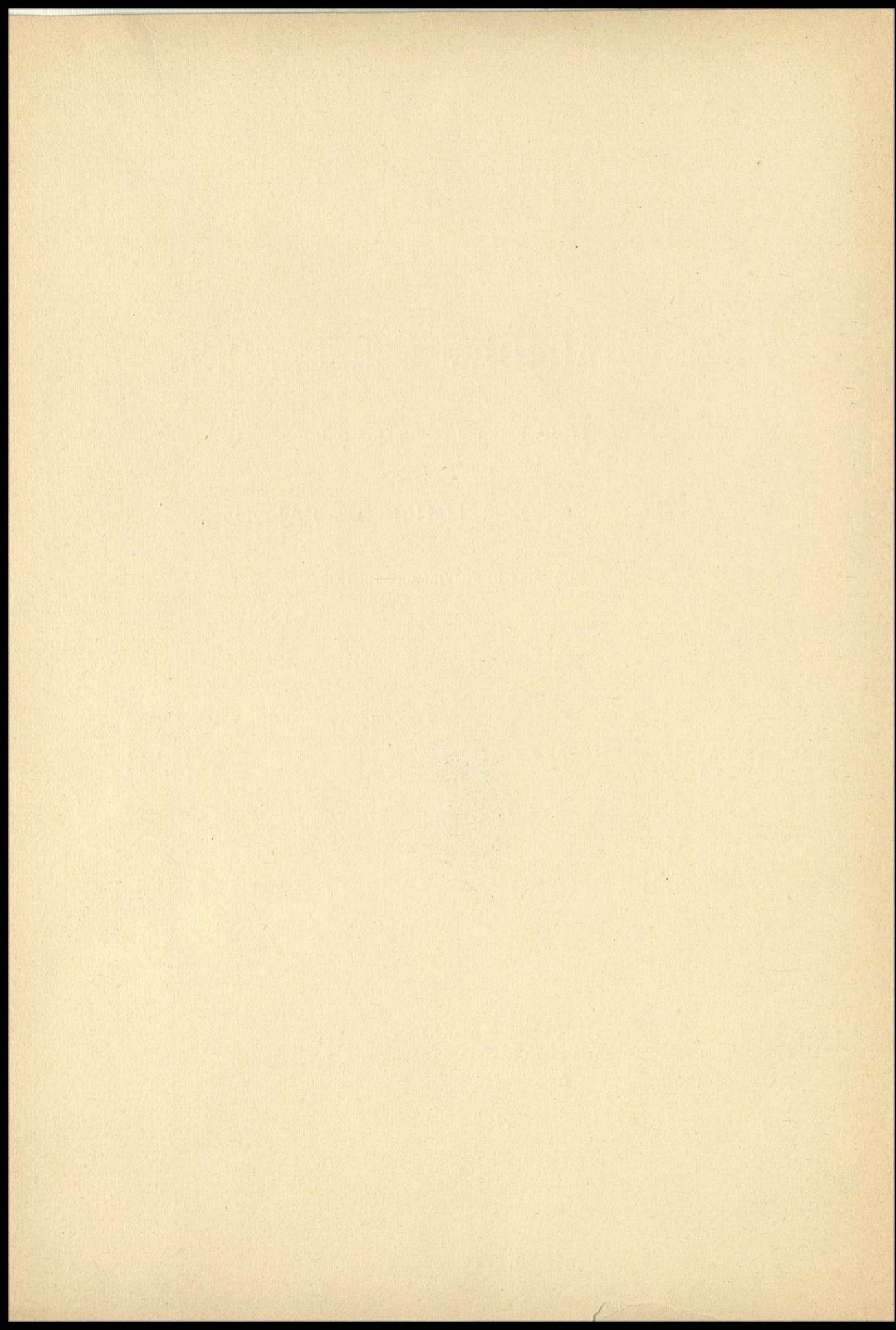
EL DÍA 22 DE NOVIEMBRE DE 1908



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS  
Calle de las Infantas, núm. 42.  
1908







R. 40686

# DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

ILMO. SR. D. MELCHOR DE PALAU

EL DÍA 22 DE NOVIEMBRE DE 1908



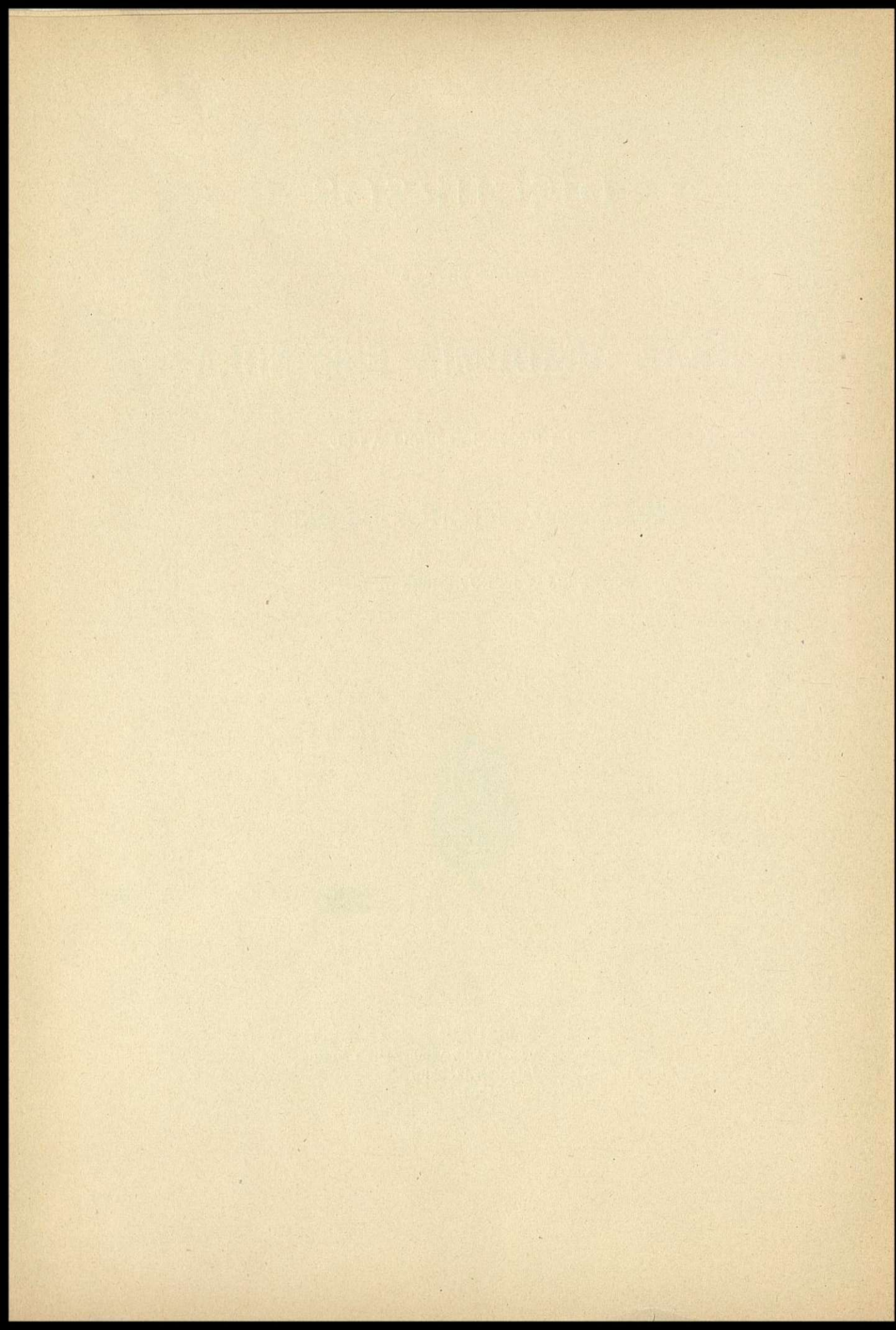
MADRID

TIPOGRAFIA DE LA REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS

Infantas, 42, bajo.

1908





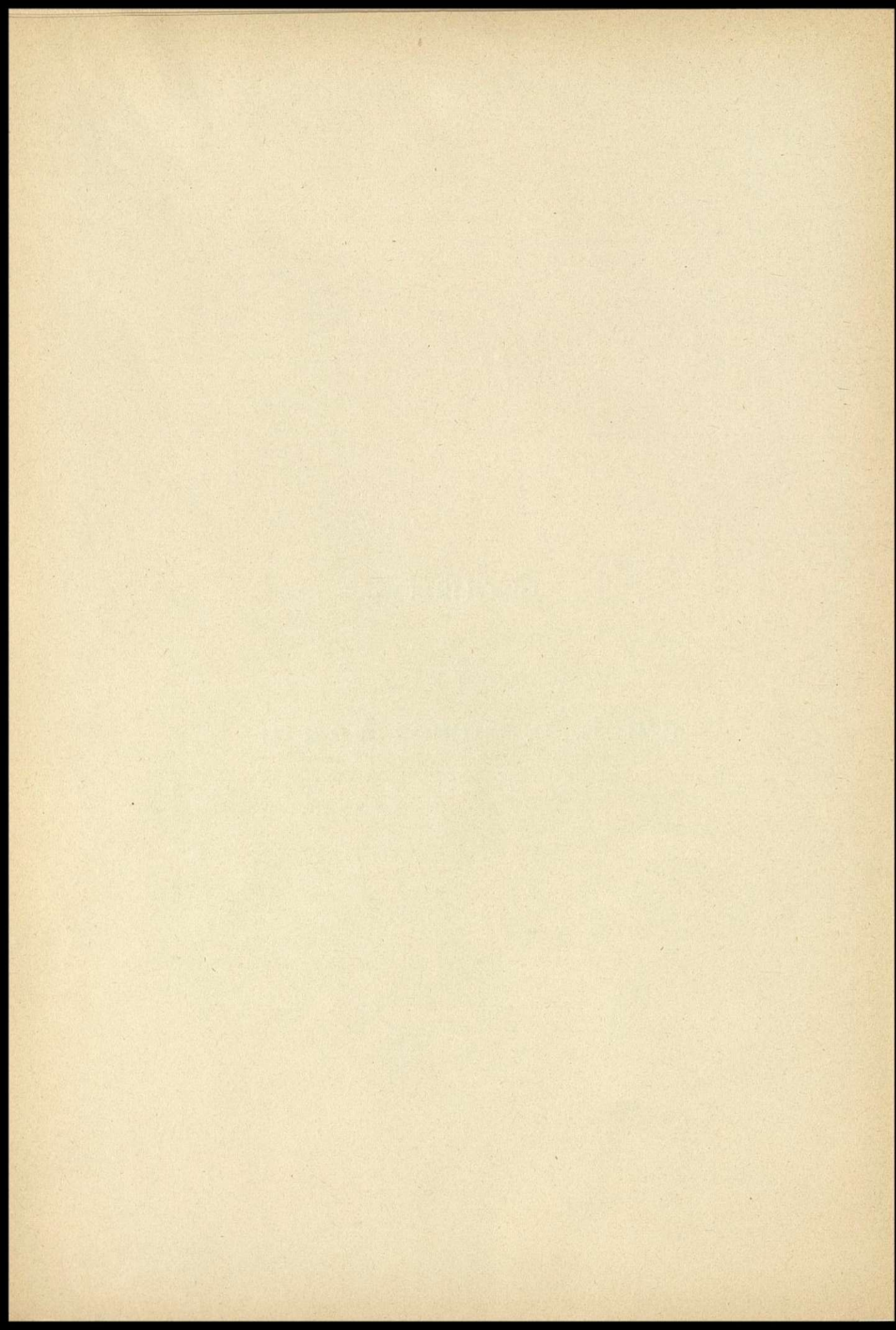


DISCURSO

DEL

ILMO. SR. D. MELCHOR DE PALAU







SEÑORES:

**L**OADO sea Dios, por haberme concedido, en estos mis años, una expansión de gratitud! Mi alma sentíase de ello necesitada. Si en la carrera que profeso he arribado al desempeño de altos oficios, débolo á los santos rigores del escalafón, y nada tengo que agradecer al Tiempo, el cual, al firmar mis ascensos, surcó de arrugas mi rostro y emblanqueció mis cabellos, *volviéndome caricatura de mí*, como, con gran donaire, dijo en sus poesías un ilustre Académico (1).

Vosotros, al acogerme en vuestro seno, habéis sido más generosos, y me siento remozado con la inestimable merced, ya que no en el cuerpo, en el espíritu, en el ardimiento. Lenitivo ha de ser á la honda pena que aún acibara mi existencia.

Bien es de ver que no son flores retóricas las que salen de mis labios; que no os rindo gracias por seguir tradicional costumbre, sino por desahogo espontáneo del corazón, sintiendo no hallarme en términos de pagaros de otra suerte.

Pues no cumplo retórica fórmula, y ando, según suelo, los caminos de la verdad, he de añadir que, en este caso, no van juntos la gratitud y el asombro de lo no esperado. Como el amante que—sin atender en manera alguna á sus dotes personales, sólo al grande afecto que siente y fijos los ojos en una ventana—tiene la esperanza cierta de que ha de abrirse, asimismo declaro que llegué á confiar en que me serían abiertas

---

(1) Don Juan Eugenio Hartzenbusch.



algún día las puertas de esta casa, sin parar mientes en mi pequeñez, cediendo á la vehemencia del deseo, movido por un anticipado halago y confiado en el afecto y en la veneración que aprendí de mis maestros literarios, lumbreras que, aun desaparecidas, brillan y brillarán eternamente en este docto recinto.

Heme llegado, por la senda del agradecimiento, á otro de los temas consuetudinarios en estas solemnidades, al recuerdo luctuoso de los que fueron;

y es que el hombre pára allí,  
cuando mejor va pensando (1).

Dejadme, antes de hablar de mi malogrado amigo D. Emilio Ferrari, que aproveche la ocasión—pues me favorecéis con el puesto que largo y glorioso tiempo ocupó—que preste fiel homenaje al hablista, que pesaba las palabras como metal precioso; al varón en quien se apuraron las formas literarias; al que llenó cumplidamente una época en la escena española; al que pudo castigar, con su silencio, injusticias de un público, á D. Manuel Tamayo y Baus, autor excelso de *Un Drama Nuevo*, la mejor producción del teatro moderno, según uno de sus enemigos, y de *Lances de Honor*, la más valiente, al decir de uno de nuestros más esclarecidos críticos.

Se ha dicho de Emilio Ferrari que era hijo poético de sus conciudadanos Zorrilla y Núñez de Arce, aplicando la sentencia *post hoc, ergo propter hoc*; en mi sentir, aun aceptando la variante «pintor ó poeta, todo artista procede algún tanto de los que le han precedido en su arte», Ferrari difiere mucho del primero y se aparta ostensiblemente del segundo.

Fué Zorrilla un poeta mozárabe, mezcla de muslime y de cristiano; verboso, musical, leyendista y fecundo; lleno de seductores defectos, que contribuyeron no poco á su personalidad literaria; siempre con el *yo* romántico en los labios; siempre con la exacerbación fantástica de los orientales; poeta eximio, á

---

(1) Narciso Serra en *El Loco de la Guardilla*.



quien nadie, atendida su producción, habría buscado en las áridas estepas castellanas, sino en los floridos cármenes de Granada.

Núñez de Arce y Ferrari, más similares en la vida de las letras patrias, se señalan por su serenidad, un tanto helénica; por ser sombríos—Zorrilla fué luminoso—, por la dicción de terruño; por su pesimismo, marcadamente retórico; por su técnica sencilla, aprendida de sus mayores, pertenecientes al grupo salmantino.

Pero, entre uno y otro se descubren apreciables diferencias. Condenando Ferrari á los modernistas, á quienes donosamente zahiere en su discurso de recepción, tomó de la nueva escuela dos buenas cualidades (que no hay avenida que no lleve entre sus deplorables acarreos benéfico limo): la resurrección de formas primitivas, como es de ver en el metro de su mejor poesía *Las tierras llanas*—tendiendo á un prerrafaelismo literario—, y la de voces, cuyo abandono pudiera llegar á empobrecer el suntuoso idioma de Castilla.

Cincelador, á lo Benvenuto Cellini, produce estrofas impecables, como casi todas las de *Dos Cetros y dos Almas*, estrofas que ya han resonado en estos ámbitos. Duro en el ataque, fustiga con látigo juvenalicio, en bien labrados tercetos, *A un Enemigo*, que acaso pudiera ser el antes aludido. Amoroso, en ocasiones, como el buen pan de su tierra, conmueve las fibras cordiales con la misiva que Eloísa dirige á Pedro Abelardo, en el poema de este nombre.

Se ha censurado á Ferrari por haber producido poco. No constituye cargo cuando lo poco es de valía; díganlo sino D. Juan Nicasio Gallego y otros que podríamos citar; pero, aunque lo fuera, ha de quedar pronto desvanecido por la edición completa de sus obras que, con religioso afecto, previene su adolorada familia.

Además de no haber sido poeta político, ni haber zahondado la duda, otra de las diferencias entre mi antecesor y Núñez de Arce consiste en que tienden diversamente, éste hacia lo antiguo, aquél hacia lo moderno, en lo relativo al asunto; confirmanlo el canto *La Musa moderna*, *La Epopeya de la Arcilla*, y aun su poesía *A Hipatia*, ensalzada, asimismo, por Leconte de Lisle, quien la consideró símbolo y enlace de la Poesía y de la Ciencia, «espíritu de Platón en cuerpo de Afrodita».



Cierto que al hablar de Darwin lo hace, como su maestro, de modo algún tanto despectivo, y tiene *La Musa moderna* mucho de *lamentación*; pero, al igual que en la forma, nótase, en sus últimos tiempos, un afán innovador que, infortunadamente, debilitó la enfermedad y apagó la muerte.

Estas no acabadas producciones del malogrado Académico me conducen, con amiga mano—que no he de soltar—al tema de mi discurso: *La Ciencia como fuente de inspiración poética.* X

---

No, no temáis que ensalce y preconice la poesía didáctica ó didascálica—nombre más prosaico aún—de la cual abomino, y que, según libro de texto, que no he olvidado, *tiene por fin directo instruir, esclavizando la Poesía á la Ciencia, de modo más ó menos encubierto* (1); al contrario, pretendo disertar brevemente, procurando hacérslo amable, acerca de otro linaje de Poesía, que no consta en dicho libro, ni en sus similares; Poesía de época; flor de la Ciencia, que presupone su conocimiento, por somero que sea; que vulgariza las voces técnicas, quitándoles asperezas etimológicas; que, sellando y consagrando invenciones, forma síntesis que se graban en el cerebro; da alas á lo que fué peso en la balanza; convierte en perfume lo que pasó por las estrechuras del alambique; Poesía que, por maravilla y de modo incierto, asoma en las literaturas pasadas, para irse convirtiendo en legión, como vemos las gotas de lluvia, aunándose en hilos tenues, transformarse en arroyos y parar en corrientes caudalosas.

Toda verdad produce un efluvio especial, que, recogido por el poeta y encerrado—digámoslo así—en la forma métrica, deleita y suspende, elevándonos, con más poderío que la música, á regiones supra-terrestres.

La verdad Naturaleza, con la alternancia de sus estaciones y el colorido de sus flores, el celo de su fauna, el vario aspecto de sus valles, mares y montañas.

---

(1) Coll y Vehí: *Elementos de Literatura.*



La verdad tradición, emanada á su vez de la historia, con la que se confunde.

La Verdad Divina, que ha producido nuestros tan admirables místicos.

La verdad amor, y, en general, la verdad sentimiento, inspiradora de los hermosos cantos populares.

Otra, originada en las ciencias, va formando como una segunda Naturaleza que nos es ya tan indispensable como la de origen, pues responde á instancias ineludibles de la civilización. «Todos los esfuerzos de la Ciencia—dice Duclaux, sucesor de Pasteur—no tienden sino á aumentar, haciendo fácil la vida, la hermosura y la armonía del Universo.» También, como las anteriores, engendra afectos; también desprende de sí un hálito ideal, capaz de mover las cuerdas de la lira; es el calor científico ya convertido en luz; es la florescencia de lo que un tiempo tuvo la condición germinal de la semilla.

Algo se ha interpuesto, en efecto, entre la Naturaleza y el hombre; algo que los antiguos, excepto los divinamente iluminados, desconocieron, y aun éstos lo veían en conjunción confusa con la filosofía; algo productor de nuevas sensaciones, que se elevan, en los espíritus puros, á sentimientos; si la Poesía es expresión de un estado de ánimo, el ánimo social moderno solicita, y hallará, verbo adecuado para sus peculiares ensueños.

La Ciencia, con sus conquistas portentosas, forma una de las grandes corrientes de la vida, sus murmurios claramente se perciben; de esperar es que ese río, como el de Fray Luis de León, saque fuera el pecho y hable de esta manera ó de otra; hace obra de un siglo que el hombre modifica en alto grado la Naturaleza; dejadle que cante su victoria ó su trabajo.

No se pretenda poner en verso—que sería en este caso poner en solfa—la ley de Mariotte ni la de Pitágoras; pero, derivadas la Ciencia y la Poesía de un centro único, teniendo las mismas raíces en las profundidades del espíritu, como rayos de un mismo sol mutuamente se iluminan y han de tener afinidades y enlaces secretos, que es función del Arte poner á viva luz.

En demanda de base ha de acudir á la Ciencia la Poesía, no para la demostración de sus teoremas. Gastados ya, y sólo nuevos ó redivivos en los grandes genios, los temas que produjeron encanto indecible, cabe que las magnificencias de los descubri-



mientos científicos sean descritas poéticamente; cabe que la fantasía, ahondando á su manera, logre deducciones y corolarios que la Ciencia no consiguió, ó que, herida por el genio, prorumpa en arrebatos líricos que la inmortalicen.

El que estudie la Historia en el Romancero no tendrá de ella noción exacta; pero la adquirirá más firme, más duradera, más grandiosa; el *mío* Cid legendario se ha sobrepuesto al Cid opinado de las crónicas; cuando el poeta canta un personaje, lo agranda y lo eterniza. ¿Qué no será en la leyenda futura el que es hoy ya llamado el Brujo de Menlo Park?

Por bella que sea la Naturaleza actual, representa, como la rosa, un día en la vida del Universo; la Ciencia puede llevarnos á la visión de otras Naturalezas, quizá no tan delicadas, tan coloridas como la presente, pero más solitarias, más aterradoras, de pulsación más fuerte; con otra serie orgánica más gigantesca en su seno; con mares más amplios y densos; con otro aliento en su atmósfera; con diversa disposición de *gea* emergida y de continentes sepultos. De ello nos ofrece el poema *La Atlántida* reciente y vigoroso ejemplo.

El placer inefable de comprender las ideas de los sabios, bañándolas en el propio sentir; el de apreciar la hermosura intelectual que encierran, para lo cual requiérese, cuando menos, un leve conocimiento, cuya posesión enorgullece, factores son que coadyuvan á difundir la calidad poética que examinamos, calidad que acaso no llegue á alcanzar la belleza suprema, pero que representa una laudable transformación, un avance en determinada senda.

Se ha dicho repetidas veces: la Poesía se concentra en los dominios de la sensibilidad, mientras que su rival la Ciencia busca las verdades positivas; no son, por tanto, sustituíbles.

No se trata aquí de su reemplazo, sino de conciliarlas en justa proporción, para producir obra de superior belleza, á la manera que el árbol injerto—si prevalece—adquiere las exquisiteces y dulzores de las partes que en él convivieron.

La Ciencia, en cuanto hija de la Verdad, tiene además una armonía latente, una Poesía propia que, sobre legitimarla, hace que desaparezca el supuesto antagonismo, contradicho asimismo por la superior comunidad de origen.



«El mundo marcha», dijo Balmes, y repitió más tarde Pelletan: el estancamiento en Poesía no es posible cuando la Escultura va pasando de la estática á la dinámica; la Arquitectura, de la piedra al hierro y al acero; la Música, á la complejidad orquestal armónica; la Pintura pinta con nuevos colores que la Química le procura y los mezcla en la retina, como antes en la paleta, y cuando las Ciencias todas han tomado vuelo tan prodigioso.

Les sciences humaines  
n'ont pu de leur empire étendre les domaines,  
sans agrandir aussi la carrière des vers,

ha escrito el malogrado Andrés Chénier.

Si la Poesía débese mucho á la imaginación y la Ciencia la exige en notabilísimo grado para sus lucubraciones, se manifiesta nuevo é importante nexo entre la Ciencia y la Poesía, habitualmente negado por el vulgo y por muchos que se figuran no serlo.

«Es profundo error — dice Edgardo Quinet — creer que las facultades del sabio y del artista son inconciliables; la Ciencia misma es obra de imaginación y de poesía», y Gastón Paris, ya más concretamente en su elogio á Pasteur, exclama: «El sabio necesita de imaginación como el artista, pero ha de ser de otra clase, que le sugiera combinaciones de relación, no de forma; de ideas, no de sentimientos.»

¡Cuántos descubrimientos han tenido origen en un arrobo imaginativo, en un ayuntamiento ideal de orden y belleza, saltando como chispa de potente inspiración!

Las hipótesis, que tanto bien han hecho á la Ciencia, son hijas espontáneas de la imaginación. *Madre de los errores* y *Loca de la casa* se la ha llamado; pero sin ella, ni el artista ni el sabio existirían. No fué su exceso, como pretende Taine, lo que perdió á los alquimistas, fué falta de ponderación en dicha facultad, que también tiene sus leyes; fué antelación en la vida de la Ciencia; á nacer hoy, sobre ser más respetados, poseerían plenitud de medios para sus atrevidos intentos.

De un estudio crítico por D. Juan Valera, copio los siguientes párrafos, que interesan doblemente á mi propósito:

«La Ciencia no ha venido á achicarlo todo, como pretende y deplora Leopardi, sino á hacer más ingente, más hermoso,



más rico y más vario el panorama del espíritu; el espectáculo de cuanto es y cuanto puede ser, espectáculo que se retrata en el alma del poeta como en espejo cuya virtud lo magnifica todo, y, si cabe, le presta mayor hermosura; porque debe fijar lo transitorio, dotar de persistencia lo caduco y hacer inmarcesible, indeleble y perpetuamente luminoso lo que en la naturaleza se marchita, se borra y se apaga.»

«Un Virgilio de ahora haría unas *Geórgicas* en que los descubrimientos químicos entrarían por mucho, y un Fracastoro del día hablaría de aquella pícara enfermedad y de sus remedios, con mejor noticia de todo, porque habría visto los microbios y sabe Dios cuántas cosas más.»

«¿Para qué cansarnos en imaginar qué sería la Poesía si tuviéramos ciencia perfecta? ¿Qué sabemos lo que sería entonces la Poesía? Ni siquiera lo columbramos con vaguedad (1).»

«¿Es esto decir—pregúntase Menéndez y Pelayo en otro estudio—que toda la Poesía moderna haya de reducirse á esta contemplación egoísta de sí propia? No, en verdad. Si en los tiempos que corremos no es dado al poeta levantar con sus versos los muros de las ciudades, puede todavía asociarse á los triunfos de la civilización y encontrar en ellos una fuente de poesía, no ya sólo nacional, sino humana; magnificando todos los esfuerzos del trabajo y todos los elementos que ha conseguido poner bajo su mano, desde el telar y la lanzadera hasta la fuerza eléctrica que enlaza dos mundos.»

Se objeta que la Poesía nace y se nutre de la ilusión y del misterio, y que la Ciencia, con sus rayos esplendorosos, ha venido á desvanecer las sombras y á no dar por cierto — como el incrédulo Apóstol — más que lo que toca, escarpela y desentraña; nada, sin embargo, parece tan sombrío como lo que no está al alcance, pero cercano de fortísima luz; el misterio — tenido á veces por tal el desconocimiento — se aleja, pero no muere. Llamamos Ciencia á lo que se reputa verdad, séalo ó no, sustituible y substituída de continuo por otra más próxima á su ser; que la Ciencia es — según expresión que me habéis de permitir — la asíntota de la Verdad, á la cual tiende acercándose in-

---

(1) Sobre el libro *Verdades poéticas. La España Moderna*. Mayo, 1890.



definidamente, recibiendo su vivificador aliento, pero sin que consiga, en este mundo, su pleno contacto.

Pedimos sombra y misterio á la Poesía, porque sombra y misterio ofrece la Naturaleza, de la que es imitación y cifra; y ¿dónde hallaremos mayor sombra, dónde misterio mayor que en las profundidades del saber? Si la nostalgia es poética, ¿qué mayor nostalgia? Comprender las voces con las cuales habla al espíritu y, una vez encontradas, expresarlas en bellísimas formas, tendiendo á lo ideal; levantándolas en peso con el vigor de la fantasía; dorándolas con arreboles del sentimiento; buscando la complejidad, pero sin caer en la complicación, es uno de los problemas que—quizá evolución de la poesía didáctica, pero alejándose de ella hasta perder todo punto de contacto, excepto la unidad de origen—se columbra en los horizontes del Arte.

La Ciencia mata, en verdad, cierta Poesía, ¡ley inexorable de la vida! La leyenda del Monasterio de Piedra, según la cual el diablo transportó en el dedo meñique la peña Lastra, desde los Pirineos, no produce impresión al geólogo, que la ve formada de los mismos elementos que las rocas adyacentes, y distintos de los de la lejana mole pirenaica; pero, en cambio, ¡cuánta mayor poesía no encuentra en las grutas estalactíticas y en poder determinar su edad, á tenor de su siempre maravillosa estructura, como se distinguen, en las épocas arquitectónicas, los varios períodos ojivales! (1)

La Verdad, por otra parte, tiene una energía contundente que no logran las figuraciones, por poéticas que sean. Hallo más grandioso, de emoción más intensa, que la caída de las dos alas de Icaro, al querer aproximarse al sol, la de los dos cuerpos de aeronautas, muertos al penetrar atrevidamente—el globo en que se elevaron—regiones de respiración imposible, hecho tristemente cierto.

No vayamos á caer en el lamentoso error—conviene repetirlo—de estimar poético todo lo que ofrezca carácter científico, error que aceleró el fracaso de la escuela, que, partiendo del

---

(1) La diferencia de épocas de formación y procedencia de material se ve clara al visitar las cuevas de Artá y de Manacor, jurásicas, y, por tanto, grandiosas las primeras; bellas y minuciosas, como de época más reciente (miocenas), las segundas.





principio de la servil imitación de la Naturaleza, reputó bello, ó narrable cuando menos, todo lo experimental, llegando á causar náusea, aun con la prestigiosa pluma de su pontífice supremo.

¡Qué digo toda Ciencia, ni siquiera todo Arte es Poesía!

Hasta mí llegan voces acreditadas, «no confundáis la Poesía y la Ciencia, belleza la una, utilidad y perfección la otra», dice Kant. «Cuando las facultades del hombre—prorrumpen Humboldt—se hallaban confundidas, confundidas se hallaban también la Ciencia y la Poesía; hoy no es posible que así sea, lo que es forma, color y variedad no se amalgama con la Ciencia.» Sainte-Beuve acude, afirmando que «la Poesía de la Ciencia sentó bien en sus orígenes, con los Parménides, Empédocles y Lucrecios, quienes recogieron sus primeros y abundantes frutos; llegada á cierta edad, á cierto grado de trabazón, la Ciencia escapa al poeta; el ritmo es impotente para encerrar fórmulas y aplicar leyes.»

No se trata, insistimos, de confundir; fuera de que si, según Humboldt y el crítico de los lunes, lo estuvieron en otro tiempo, produciendo opimos frutos, ¿cómo asegurar que no ha de reproducirse análogo hecho, en circunstancias análogas?

Bien distinto de querer confundirlas, aspirase á separarlas, á romper el contubernio didáctico en que han vivido largo tiempo, y en el cual han perdido sus cualidades características.

Siguiendo la fecunda y docente ley de la evolución—que en manera alguna, como creen muchos, es sinónima de progreso, ya que los seres, llegados al ápice por transformación manifiesta, declinan y vuelven á la nada—puede verse cómo, dejando la Poesía el magisterio didáctico, adquiere un fin inconscientemente utilitario, sin perder su peculiar esencia, y cómo, hecha fruitiva con los atavíos del arte, se difunde con poder mágico, aspirando de nuevo á la épica, que nace en el alma de las multitudes, la cual ha podido ser relegada por el individualismo, por el afán de exhibición de propios sufrimientos morales, pero que «persiste—como ha dicho D. Juan Valera (1) en su discurso póstumo—

---

(1) En conmemoración del tercer Centenario del *Quijote*.



porque no hay facultad humana que desaparezca ni que mengüe porque otras crezcan y se magnifiquen».

No negaré tampoco que sea el tecnicismo uno de los escollos de la Poesía que ponderamos, pues tiende á hacerla rígida y prosaica. Si con comedimiento se emplea, ha de ser señalado, á trueque, como fuerza impulsiva acaudaladora del léxico; como vehículo bienhechor; como martillo que clava las palabras, al modo que clava las expresiones, haciéndolas imperecederas.

Y el globo, en tanto, sin cesar navega  
por el piélago inmenso del vacío.

No hay manera de fijar mejor en la mente el sistema de Galileo.

«Privilegio del Arte—ha dicho Guyau, el poeta filósofo—es no demostrar nada ni probar nada, y, sin embargo, introducir en la inteligencia algo irrefutable.»

El espíritu científico se cierne sobre las muchedumbres; en todos los diccionarios, las voces técnicas van reemplazando á las de Germanía, grandes corrompedoras del idioma.

Las escuelas de artes y oficios, los laboratorios de los centros docentes van popularizando lo que antes era patrimonio de unos pocos, constituídos en clase aparte, y blanco de los populares odios. Hoy la comunidad de conocimientos reclama con imperio la comunidad de expresión.

En 1881 confieso que no me atreví á usar en poesía la palabra *microbio*; no se hallaba en el diccionario de la Academia, ni figuró en la duodécima edición, ó sea la de 1884; la reemplacé —aunque no expresara claramente mi intento—por la voz *infusorio*; se lee ya en las columnas del léxico, y se ha hecho tan popular que la he oído, en sentido despectivo, pronunciar en medio de la calle.

La Ciencia comunica á las palabras de que se sirve algo de su sequedad y precisión; su vocabulario participa, por tanto, de la limitación y claridad de sus demostraciones y experimentos; requiere, á la continua, voces nuevas, duras y angulosas las más veces, que sólo el roce del pueblo y la suave mano de la literatura, celosa de sus naturales encantos, logran ir adulzando, so pena de no ser admitidas en el mundanal comercio.



Probado se halla que las voces técnicas, al penetrar en la Poesía, pierden su rigidez y austeridad, consiguiendo un á modo de temple; así los aceros toledanos, al sumergirse en las aguas en que mojó su lira Luis de León y elevó Juanelo con su artificio, adquieren flexibilidad y fortaleza celebradas.

Le falta—fuerza es reconocerlo—la tradición; la pátina del tiempo; el amarillo jaramago, poeta de las ruinas; embelesos adicionales, que no se compadecen con lo reciente, con lo que todavía conserva el calor de fragua; «más hermosas son las columnas que yacen entre las espigas, como blancas segadoras que seestean, que lo fueron enhiestas formando templo.»

Quizá tomadas de la Ciencia misma sucedan á las ruinas antes aludidas las teorías derrumbadas; la tan fecunda de la emisión de la luz; el escudo esmeraldino de Homero, rodeado por el grande Océano; la Tierra como centro del Universo, de Tolomeo.

Hay que dar tiempo al tiempo para que lo moderno consiga tal linaje de belleza, á la vez que las formas primeras, en manos del Arte y de una Ciencia más pura, vayan evolucionando en sentido estético; el calificativo de *Madona de ferro*, con el cual Curros Enríquez saludó á la locomotora, no hubiera sentado bien á la Watt, ni á la de Cugnot, ni aun á la que, llevando el nombre de mi ciudad natal, vi recorrer en 28 de Octubre de 1848 la costa catalana.

Confieso que cada vez que visito la capital de Francia pareceme más hermoso el gigantesco poema metálico denominado Torre de Eiffel; es innegable que influye el recuerdo; pero noto en ella que el ritmo oculto se va exteriorizando; que la belleza científica asoma por entre el encaje de sus hierros moldeados por el cálculo, en los que la misma elegancia acredita la solidez.

Bien pudiera decirse que, al descubrimiento de una verdad, á la resolución de un problema arduo, á la vista de una impen-sada aplicación, se produce una aureola, como la que circunda el sol al alborear; chispa luminosa al choque del error vencido; venero de inspiración poética, más frecuente en nuestros días que en los antiguos, cuando la Naturaleza y la casualidad eran casi sus únicos orígenes, y no la labor incesante, el afán innovador, el experimento y la experiencia, produciendo efectos que canta el Arte, á veces con antelación, á la manera que la alondra, aun antes de que el astro diurno aparezca realmente en el horizonte.



El empuje científico es hoy avasallador y causa de una orientación indiscutible; pero la Ciencia es varia, según las épocas y los intelectos, que tan Ciencia fué la de Platón y Aristóteles, como la de Golgi y Poincaré; Ciencia es la del pastor que conoce el horario de las estrellas y la del astrónomo moderno que la investiga mediante una gran ecuatorial; marcadamente evolutiva, lo comprueba á las claras, la misma teoría de la evolución, más amplia y más humana en Herbert Spencer, que en Darwin y Lamarck.

La Ciencia ha venido, además, á despojar á la Poesía de ciertos adornos baladíes que, usados desde remotos tiempos, y correspondiendo á más regocijadas y candorosas civilizaciones, míranse con irrisión y ludibrio.

Conseguirá también—es labor lenta del numen y de la tradición—una congerie de mitos, símbolos, alegorías y leyendas, con derivación científica; las cópulas, colores y atracciones mutuas en los astros; las realidades imponderables de Mayer; la unidad de las fuerzas; los mártires de la investigación quemando, como Hall, su epidermis en los rayos Roentgen, ó cegando ante extremada potencia de luz; los genios creadores; un cielo, en fin, á la manera del politeísta helénico, cielo en que Júpiter no lanzará rayos y en que los rayos lanzarán á Júpiter.

No pretendo que se constituya un género nuevo, ni siquiera una especie; soy enemigo de clasificaciones en Arte, pues cercan la libertad con prefijos aledaños. Establézcalas en buen hora y *a posteriori* la Poética, aun cuando parece pugnar contra el ordenamiento en las mismas ciencias la madre Naturaleza; tanta es la complejidad de sus formas y organismos, que menester ha sido recurrir á la Paleontología para mal llenar huecos dejados por Cuvier y Milne-Edwards.

En tres conceptos puede influir la Ciencia en una composición poética: en el de forma, de método y de asunto.

En el de forma, cuando tiende á que entre la expresión y la cosa expresada resulte una ecuación exacta, la cual produce un descanso, una facilidad á la inteligencia, que contribuye en gran manera á la asimilación del contexto.

Os invito á hacer la prueba. Oid leer, mejor diré, oid susurrar la referida poesía de Ferrari, *Las tierras llanas*, y con sólo ~



que percibáis palabras sueltas, quizá sin claramente percibir las, os parecerá que atravesáis los páramos de Castilla; que, entre oleadas de mieses, veis en lontananza el campanario del pueblo que os ha de cobijar en la aún muy lejana noche; ello debido á la acertada elección de metro, concordante con el asunto, igual siempre y doble del de los romances adormecedores, repetidos junto al hogar.

Variable—como el del corazón, según los diversos estados del ánimo—, el poeta da su compás personal al ritmo, en combinación con el argumento, imprimiendo así al verso sello característico.

Todas las Ciencias lo poseen en sus códigos y, por tanto, no puede ser excluído del verdadero Arte.

La forma está tan íntimamente relacionada con la substancia en mineralogía, que la revela con admirable exactitud. En los cristales de perfección mayor hállase la exquisitez de la materia, y, al examinarlos, el concepto químico y el físico y el geométrico llegan juntos á la inteligencia. Este concierto, y otros que la Ciencia ha evidenciado, son indudables cuerdas de inspiración, que sólo necesitan—como las del arpa de Becker—quien las pulse.

El monstruo de Horacio, el que San Jorge pisotea en la leyenda de mi patria, no son tan temerosos como el Plesiosauro y el Diplodocus del terreno jurásico, porque carecen de la euritmia de la Verdad, que hizo exclamar á Cuvier en un momento de entusiasmo: *«Dadme un hueso cualquiera de un animal fósil y lo reconstituiré por entero»*.

¡Que la forma poética está llamada á desaparecer! Requiérese estar falto del poco de poeta, que el refrán popular á todos nos otorga, para convenir en ello; cuando, según hemos pretendido demostrar, hay en la forma la sugestión del fondo; cuando, en ocasiones, la iguala en belleza é intensidad, y aun la supera.

Muchos habrán sido en este mundo los que hayan dado su capa á un pobre; vestir al desnudo figura entre las obras de misericordia; pero la posteridad no guarda sus nombres. San Martín, en medio de un camino y desde lo alto de su caballo, partiendo en dos su capa con la espada, para entregarla á un por Diosero, ejerció la caridad, no tan cabal como los anteriores,



pero en poética forma. En su acto—que perdura—, la manera superó el fondo.

No, no está llamada á desaparecer ni siquiera de la escena; volverá á pisarla, siempre que á ella la lleve quien se llame Ayala, ó Tamayo, Tennyson ó Rostand, que el teatro es Arte, aunque de la realidad se nutra y se apoye en su firmeza.

Conceptúo, por otra parte, que el abandono de metros consagrados tiene algo de criminoso: es hacer pasar al estado arqueológico, á soterrar quizá, elementos que aún tienen vida.

No rompamos con pronta mano el hilo de la tradición con que tejieron áureo encaje las nueve Musas; sostengamos el empleo de moldes á que tan alto llegaron los antiguos; no renegemos de ellos ante aras desconocidas; no apaguemos—cegados por potentes focos de luz—las lámparas de aceite del huerto de Palas Atenea ó de las catacumbas de Roma; quizá se están incubando otros nuevos y más apropiados á venideros temas; aun así, hanse de respetar como ruinas venerandas y débese rendirles el tributo del recuerdo que los perpetúa.

Bellezas heredadas son las formas métricas, que no pueden repudiarse á la ligera, por más que no sea ya Grecia la única patria para las modernas inteligencias; otras canteras se han descubierto que las del veteadó mármol del Pentélico, donde puede el poeta extraer sus cantos, y el artista esculpir estatuas de nuevas musas.

La falta de pupila de las que labraron los Fidias y Praxíteles, mal concuerda, por otra parte, con los minuciosos descubrimientos acerca de las funciones de las varias capas de la retina, para la cual también la Ciencia ha demostrado que son las figuras rítmicas las más anestésicas ó descansadas (1).

¡Feliz quien logre sorprender la justa armonía en que el pensamiento y la forma concuerdan!

Por razón de método propende la Poesía á organizarse de modo más sabio y más libre á la vez.

Renombre de poeta científico concede Brunetière á Leconte de Lisle, en su notable obra *La evolución de la Poesía fran-*

---

(1) Estudios de Carlos Henri.



cesa en el siglo XIX, no por los asuntos de sus composiciones líricas—*Khiron y Niobe, La muerte de Valmiki, La visión de Brahma*—sino por lo documentadas; por los emanaderos en que ha bebido; por la paciente observación que entrañan.

Refiérese de Quintana y de Baudelaire que escribieron antes en prosa sus poesías, para así sujetarlas á ordenamiento; quizá sea debido á ello que el primero *aparezca premioso versificando*, según anota Valera.

Reconociendo el plausible influjo del ambiente científico, estimemos peligrosa la férula de la Ciencia en cuanto al sistema en lo que toca á la Poesía: la escuela experimental, que tanta novela produjo y que consiguió variar la escena, reflejando viciosamente las costumbres, poco ó nada dió de sí en punto á la lírica, la cual no se aviene, en su disposición, con métodos que la conducirían á nuevo didactismo.

Juzgo lugar oportuno para hablar de las fábulas, género que los preceptistas contienen en la poesía didáctica. Nada más anticientífico, á mi ver, nada más discorde con el método experimental, de que la moderna ciencia se envanece, como esas pueriles convenciones en que los animales hablan, se sientan en cátedra y ejercen de moralistas.

Declaro mi escasa afición al género y hasta á algunas de sus aplaudidas tendencias; perdónenme los muchos que desde remota antigüedad han fabulado, por ejemplo, acerca de *La Cigarra y la Hormiga*.

Bien hayan los que con el sudor de su frente producen en los labraderos campos el pan que ha de dar propio y ajeno sustento (no es precisamente esta la labor de la hormiga); pero otro alimento se requiere además que el del cuerpo si ha de vivir el alma; sin Tirteos ni Quintanas las legiones no hubieran salido de sus agujeros, y así como, á pesar de lo que creyó el poeta, hay hormigas blancas, me figuro que, haciendo traición á los fabulistas, debe de haber siempre una hormiga blanca, probablemente alada, la cual aprendió á cielo abierto los cantos de la cigarra, quizá una cigarra errabunda que, en medio del obscuro hormiguero, juglar en sombrío salón feudal, consigue alejar el tedio á que de otra suerte sucumbieran aquellos seres, rodeados del grano sustraído sigilosamente en los trojes del labriego.



El vacío que en las escuelas deja dicho género, arrojado indudablemente por más veraz criterio, conviene que sea pronto relleno; ora por cantares que se tomen de la rica musa popular, entre los sentenciosos y morales; ora con trozos selectos de nuestra literatura en que las infantiles inteligencias, sobre adquirir delicado gusto, se inicien en toda suerte de verdades.

Muy á la ligera, y tratando de compasar el tiempo, me propongo hacer un relato de los poetas que desde remota antigüedad se han inspirado en la Ciencia: espíritus geniales que vislumbraron la concordia, cuyo cumplido desarrollo está encomendado á lo por venir; precursores puede llamárseles con Agassiz, según ley que, descubierta en la naturaleza, debe hallar comprobación en las esferas del Arte.

No haré mención de los que, como Empédocles, Hesíodo, Arato, Pope, Delille, Iriarte y Ciscar, llevaron propósito de instruir, ni de los que en sus obras sólo ostentan algunas estrofas ó versos doctos, á no ser que, por su cultura general ó por representar la Ciencia coetánea, deban ser reputados tales precursores.

Como siempre que se trata de remontar algún río del saber humano, buscando sus orígenes, se da — aparte de los himnos védicos y de las hebraicas profecías — con las volcadas ánforas helénicas de Homero y Aristóteles.

En los carros y máquinas de guerra del primero pondríamos fácilmente al descubierto la metalurgia de aquellos tiempos; en sus ritos funerarios y en sus piras extintas excava preciosos datos la antropología prehistórica.

Toma el Estagirita — separándose de Platón — el hecho como pedestal de la Ciencia, que en él se concentra con claras tintas de alborada. Suya, por no citar otras más conocidas, es la poesía dedicada á Hermias, tirano de Atarne, que comienza

Virtud ardua y trabajosa para el género humano,  
el botín más hermoso de la vida... (1)

(1)

"Αρετα πολυμολθή γενεί βροτσίῳ  
Θέρμα κάλλιστον βιοῦ.



composición que debieron de ignorar los latinos, y que, comentada en el renacimiento por Escalígero y Estéfano, parafraseó y hasta tradujo en algunas estrofas nuestro Fr. Luis de León en su oda

Virtud, hija del cielo,  
la más ilustre empresa de la vida...

dedicada á D. Pedro Portocarrero.

Virgilio, que encantó los campos mantuanos con sus apacibles versos, supo adelantarse á su época con el ennoblecimiento del trabajo, y al enumerar, bellamente siempre, las campesinas labores y sus beneficios.

Lucrecio, tan coloso como hombre de ciencia que como poeta, habla en su portentosa obra de *los mares primitivos, donde se engendra todo; de la madre constante que reside en los seres*, con feliz expresión, y tiene augurios acerca de la paleontología de la selección natural y de los cuerpos que *es forzoso admitir, aunque á ellos no alcance nuestra vista*.

Didáctico en muchos de sus fragmentos, entra en el orden que nos ocupa por la intuición que revela acerca de fenómenos que acaban hoy de descubrirse, por preludio de pesimistas y por la importancia—exagerada é inadmisible—que da á la física como fundamento de la religión y de la moral, aun entendidas en sentido epicúreo.

Mucho interesa consignar el verso

*propter egestatem linguæ et novitatem rerum*

en que razona el uso de voces nuevas, tratándose del idioma del Lacio, en sus buenos tiempos.

En la Edad Media aparecen dos grandes figuras: Santo Tomás y Raimundo Lulio.

La poesía del Aquinate tiene el mérito de embellecer las más abstrusas verdades teológicas; sus himnos *Lauda Sion* y *Adoro Te* superan todo encomio; nadie ha llegado á incluir tanta profundidad de concepto en versos tan fáciles y espontáneos.

Ramón Lull, más poeta que en sus *Rimas en Blanquerna*, y sabio con *sabiduría de amor*, si no fué alquimista de la materia — al decir de sus actuales biógrafos — lo fué de sus afec-



tos, que *transmutó* y *amelioró*, pasándolos de carnales á intensamente místicos.

No rebuscaremos en Dante, tarea fácil en tan altísimo poeta, trozos que reflejen sus conocimientos, pudiendo decir, como Valera de Virgilio y Fracastoro, que su infierno fuera hoy muy otro, é indudablemente más poético, con los medios destructores, las enormes temperaturas y las coloraciones con ellas concordantes. También Petrarca y Boccaccio, de erudición tan copiosa, suministrarían materiales, y no pocos, al divino Ariosto, con sus ficciones acerca de la *Pólvora* y de *El Seso de Astolfo*, muy otras también con la dinamita, que en premios Nobel ha reverberado en la Poesía, y con los estudios acerca del cerebro, sus centros, vías de enlace y estratos de ideas.

Digno es de cita Parini, patriarca de la transformación lírica italiana por sus odas *A la salubrita dell'aria* y *L'innesto del vajuolo*; Terencio Mamiani, por sus conceptos geológicos; Monti, cantor de Montgolfier; Leopardi, por su última poesía *La Ginestra*, escrita al pie del Vesubio, la cual tiene resonancias épicas; Zanella, por su *Conchiglia fossile*, y Aleardo Aleardi, por *Il monte Círcello*, tema poético y científico, ya en época de Plinio.

La literatura inglesa ofrece, en *El Paraiso perdido* del vate ciego, galanas muestras. Hipótesis miltónica llama el célebre biólogo Huxley á la minuciosa y gentilmente desarrollada por boca del arcángel Rafael en su poema, relativa á las creaciones especiales.

Erasmus Darwin, contemporáneo de Buffon y abuelo del famoso naturalista del mismo apellido, puede ser llamado el poeta de la evolución. En su obra póstuma *Templo de la naturaleza* compite con el latino en fuerza de expresión y belleza.

No quede en el olvido Byron, cuyo es el verso

The dust we tread upon was once alive,

ni Wordsworth, por el siguiente:

In these shaws a cronicle survives,



Tennyson ha dicho hablando de las rocas:

They are raised for ever and ever,  
and sink again into sleep.

Brien O'Farrell dedica al inventor del telar mecánico los versos siguientes:

Betwen two trees thy web was hung,  
Thy cloth beam nearly touch'd the ground;  
while birds, enchanted sweetly sung,  
and fruits delicious grew around.  
Thou breath'd the freest air of heaven  
the sun unclouded gave thee light;  
no lamp, nor gas to thee was given;  
through day thou work'd, and slept at night.

Goethe, sabio naturalista y elevado poeta, filósofo eminente y fantaseador de alto vuelo, hubiera podido realizar el poema científico de su época, para lo cual se hallaba plenamente apercebido; no pidamos más á quien tanto hizo; por mucho que nos duela que él, tan conocedor de las metamorfosis, de la química, de la óptica y de la anatomía comparada, precursor de Darwin, sólo en *Wilhelm Meister*, en el *Fausto*, y dispersas en otras obras, nos diera halagüeñas y sabias muestras de á cuán alto hubiese podido arribar: halló el ambiente más ávido de filosofía, de romanticismo y aun de clasicismo que de ciencia á la moderna, y abordó problemas en consonancia.

Su compañero, el gran Schiller, nos ha dejado en *La Campana*, concienzudamente traducida por Hartzbusch, el mejor modelo del linaje de poesía que estudiamos, aquella alternancia entre la parte técnica y la dedicada al sentimiento; aquella campana cobijando tantas cosas y llegando con sus vibraciones á lo que no puede cobijar, nos impregna de arrobador deleite, evocando recuerdos de infancia, de muerte, de bienestar doméstico, y envolviéndonos en una ola en que hay de todo: amargor, espuma, empuje, indolencia, canto y trabajo.

Las grandes figuras citadas, Goethe y Schiller, dejan en la sombra al popular Scheffel, quien cantó *Al Asfalto*, *Al granito* y *Al Ictiosauro* (1), aunque á la manera humorística.

---

(1) *Balladen und Romanzen*. Leipzig, 1883.



En Francia los brotes de poesía no logran, hasta llegar á nuestros tiempos, desprenderse del didactismo, que influyó en la pléyade de sus fabulistas, la cual pesó, á su vez, sobre los nuestros.

Andrés Chénier, hijo de madre griega, hastiado del gusto elegante, clama por la resurrección de la forma clásica y pregonaba una nueva poesía lucreciana, que, sin abandonar los mitos antiguos, sienta á la moderna y exhiba modernos conocimientos; su aparición, rompiendo la monotonía dominante y el egotismo romántico, produjo simpatías, acrecentadas por su terrible muerte.

Reconociendo la importancia de Leconte de Lisle como poeta erudito, hallo, por mi parte, más científico á Sully Prudhomme (1), traductor de *De rerum natura*, poeta sólido é íntimo, que tomó en buenas fuentes su saber. Basta comparar su poesía *La Rebelión de las Flores* con el poema *Las Flores*, del didáctico Renato Castel, para que se vea la marcha estética que se ha seguido, la cual comprueban, sin salirse de la literatura francesa, algunos de los sonetos de José María de Heredia; *Titania*, de Lermina; *Las Elegías del Trabajo*, del bucólico Andrés Theuriet, y *La Tierra*, de Eugenio Pailleron, donde se leen estrofas (2) que traen á la memoria la atrevida poesía *Vida póstuma* de nuestro sabio Dr. D. Pedro Mata.

- (1) La grande Ourse, archipel de l'Océan sans bords,  
scintillait bien avant qu'elle fût regardée,  
bien avant qu'il errât des pâtres en Chaldée  
et que l'âme anxieuse eût habité le corps.

Estos cuatro versos de Sully Prudhomme, que Pablo Bourget cita en su estudio *Ciencia y Poesía*, afirmando que «nunca la Ciencia, con sus datos de peso y medida, con su cielo físico, producirá el estremecimiento artístico que ellos», apoyan nuestra tesis, pues requieren conocimientos cosmogónicos, sin ser realmente didácticos.

- (2) Mais tout sort meilleur et plus beau  
de la matrice du tombeau,  
quoi qu'on y jette et qu'on y sème,  
et le sourire y naît des pleurs  
et voilà comme il vient des fleurs  
à la place de ceux qu'on aime.

.....  
Maitresse, quand nous serons morts,  
on mettra ton corps et mon corps  
dans la terre, comme un germe.



En el de Saluste, *La Creación del Mundo*, se inspiró Alonso de Acevedo, canónigo de la Santa Iglesia de Plasencia, para escribir un poema de igual título; el mejor poeta descriptivo, para Menéndez y Pelayo, cuando lamenta el olvido en que le tuvo Fitz-Maurice Kelly al escribir su obra.

Plagado de los errores de época en que la ciencia geológica no había amanecido siquiera, haciendo intervenir en los fenómenos naturales los dioses de la Mitología, *falto su autor de fundamento suficiente para tan levantado edificio* é interrumpido por episodios que no hacen al caso, como el de la batalla de Lepanto, contiene fragmentos de dicción y buen gusto admirables y, en lo que toca al punto de vista que examinamos, verdaderos aciertos. En la descripción del Juicio final (día último) parece oírse la misma trompa que ha de llamar á todos los muertos; tan excelsa es la inspiración, tan sublimes las imágenes.

El cordobés Pablo de Céspedes, émulo de Miguel Angel (1538), mencionado siempre, al igual que el anterior, como didáctico, se desprende, asimismo, en algunos trozos de su conocido *Poema de la Pintura*, de lo rastrero que tal dictado lleva consigo, por ejemplo, cuando habla de *El porvenir de la tinta*, si bien decae al relatar en verso *Los instrumentos necesarios para la Pintura*.

De antiguo ha lucido la Poesía, en sus hermosas condiciones, la profética; si en tiempos bíblicos anuncia, de transparente manera, acontecimientos de gran historia, en otros más cercanos vaticina logros de la Ciencia, ratificando su íntimo enlace, que siempre los poetas han merecido el nombre de vates.

Con la rapidez del rayo  
aquí la noticia vino,  
¡quién sabe si, con el tiempo,  
vendrá con el rayo mismo!

Me inclino, no obstante, á tener por apócrifos los anteriores versos, atribuídos á Lope de Vega y popularizados en estos últimos treinta años.

No menos los que comienzan:

La luz iluminaba  
su contorno tal vez; mas su figura



no oponía á la luz compacta obscura  
su masa corporal...

que fueran transparente profecía de los rayos X (1).  
Calderón, en su peculiar y confusa manera, ha dicho:

se redujo en cárcel breve  
toda la esfera del fuego  
sólo á un átomo de nieve (1),

anticipándose dos centurias á una aplicación industrial.

Agua, tierra, fuego y aire,  
que, contrariamente unidos,  
y unidamente contrarios,  
en lucha estáis divididos (2),

en que preludia la unidad de las fuerzas.

Llegándonos más á estos tiempos, hoy que tanto se estudia el proceso evolutivo, no quede en olvido Francisco Sánchez, que, en el *Combate naval de 21 de Octubre de 1805*, así canta el colosal fenómeno de la marea:

Desde que el mar tendido  
busca el astro lunar y se levanta  
á besar tierno la argentada planta (3).

Quintana, en sus bravas odas *A la Invención de la Imprenta* y *A la Expedición española para propagar la vacuna en América*, que recuerda la de Parini, se aleja plenamente de la manera didáctica y de la nota personal de lauro y entusiasmo que resplandece en *Al Armamento de las Provincias Españolas contra los Franceses* y en *Juan de Padilla*.

Nada más lejos del prosaísmo arcaico con que hubieran sido tratados tales asuntos, que los siguientes versos de la primera de las citadas composiciones:

---

(1) Infructuosa ha sido mi diligencia para cotejarlos revisando obras del fecundo Ingenio, demás de que se separan de su estilo, y aun del de su época.

A última hora he solicitado el dictámen de persona peritísima en la materia, que ha confirmado mi opinión en sabrosa y erudita carta.

(2) *Los tres mayores prodigios*.

(3) *La vida es sueño*.

(4) *Memorial literario*, 1806.



¿Dios no fuiste también tú, que allá un día  
cuerpo á la voz y al pensamiento diste,  
y, trazándola en letras, detuviste  
la palabra veloz que antes huía?  
Sin ti se devoraban  
los siglos á los siglos, y á la tumba  
de un olvido eternal yertos bajaban.  
Tú fuiste; el pensamiento  
miró ensanchar la limitada esfera  
que en su infancia fatal le contenía:  
tendió las alas y arribó á la altura  
de do escuchar la edad que antes viviera,  
y hablar ya pudo con la edad futura.

Leyéndose en la segunda:

Jenner lo revelaba á los mortales.  
Las madres, desde entonces,  
sus hijos á su seno  
sin susto de perderlos estrecharon;  
y, desde entonces, la doncella hermosa  
no tembló que estragase este veneno  
su tez de nieve y su color de rosa.

Ondas del mar en plácida bonanza  
llevad ese depósito sagrado  
por vuestro campo líquido y sereno;  
de mil generaciones la esperanza  
va allí; no la aneguéis, guardad el trueno,  
guardad el rayo y la fatal tormenta,  
al tiempo en que, dejando  
aquellas playas fértiles, remotas,  
de vicios y oro y maldición preñadas,  
vengan triunfando las soberbias flotas.

Digna es de loa la que, dedicada á Monturiol, al sumergirse  
en el submarino de su invención, escribió mi amigo Serrano  
Alcázar, nombres, uno y otro, que no merecen ciertamente el  
olvido en que la patria los tiene.

Permitidme que me satisfaga reproduciendo los siguientes  
versos de *El Ictineo*:

Tiemble de Marte la falange impía,  
apáguese el rumor de sus cañones,  
no embravecida de furor despierte,  
que la acechan las garras de la muerte,  
ocultas de Neptuno en las mansiones.



Tiemble la guerra; en su soberbia insana  
con otro nuevo indómito elemento  
tendrán sus iras que luchar mañana,  
que el *Ictineo*, lanzándose violento,  
de sangre y humo en el hirviente caos,  
del tremendo cañón al estampido,  
y al sonar de fatídicos cantares,  
por debajo del ponto enrojecido,  
irá á romper las quillas de las naos,  
como brava serpiente de los mares.

¡Y ésto se decía y ésto se hacía en España hace cerca de  
medio siglo!

Continúo:

Salud ¡oh patria mía!  
Recibe tú la voz de mis cantares;  
tú fuiste, sí, la que impulsaba un día  
al Genovés audaz por esos mares  
que el rojo sol en su carrera enciende,  
y al orbe absorto regalaba un mundo,  
y, hoy, también eres tú la que sorprende  
los misterios del cóncavo profundo.

Vense en *El tren expreso*, de Campoamor, aparte de en versos sueltos de otras composiciones de tan eximio poeta, rasgos que recuerdan las alternancias técnicas y sentimentales de *La Campana* de Schiller; el malogrado Gonzalo de Castro en su libro *Ciencia y Fe* y el también malogrado Macías Picavea en *El Cosmos* coadyuvan á nuestro plan. Como término á excursión tan rápida transcribo una hermosa octava de Ferrari, tomándola de *La Musa moderna*:

Analizar, analizar, sagrada,  
mas peligrosa sed, nunca extinguida;  
tener un microscopio en la mirada  
para contar los hilos de la vida;  
bullendo entre la seda delicada  
ver el gusano por quien fué tejida;  
polvo la dicha hacer que tanto cuesta  
por descubrir de lo que está compuesta.

Poco puede mencionarse en las letras catalanas, á partir de lo que Ramón Lull escribió en dicho idioma; Fontanella hizo



labor poética muy mediana, y no puede Ausias March ser contado en rigor entre los cantores á la Ciencia. Los *grandes muertos*, como en otro lugar he dicho (1), han cautivado por entero la imaginación de los poetas de la moderna Cataluña; lo que fué, más que lo presente; la hoz segadora, más que las máquinas que fabrican su engrandecimiento. Tocábale á Mosén Verdaguer (2) añadir esta cuerda á su lira; geógrafo en el poema *Canigó*, donde toman gigantesca personalidad las montañas y las vaguadas, las espeluncas y las selvas, es geólogo en la *Atlántida*, adivinador de fenómenos que la Ciencia comprueba, teniendo frases como

Per tú tants anys passi pastant la Terra,

con que el Supremo Hacedor recrimina á la humanidad por su ingrata delincuencia; rasgo poético-científico de primera fuerza, completamente antidiidáctico, pues nada dice al ignorante, pero que habla al que conozca la trabajosa y lenta formación de las capas de nuestro globo.

En el canto cuarto, *Gibraltar abierto*, se hallan datos relativos á los continentes antiguos como

Llavors lo freu no hi era, lo bras ab que encaixara  
Bética ab Libia era aspre renglera de turons,  
ciclopea cadena de que son caps encara  
de Gibraltar y Ceuta los alterosos monts.

Ab ella l'Arquitecte divi fermá tes ones  
Mediterrá, que esquerpes sortian de ton llit,  
per corre á un mar mes ample, lleons vers ses lleones,  
que ab sa platja forcejan frisoses á llur crit,

.....  
Mes está escrit un vespre, del mar la cadireta  
sols per rentar l'Atlántida d'un crim, s'aixecará  
y per penjar al sostre son niu una oreneta  
no trobará, en tot ella, prou terra l'endemá (3).

(1) *Acontecimientos literarios*. Apeles Mestres: *Idilis y cants intims*, 1889.

(2) Don Mariano Aguiló en su poesía *L'Enteniment y l'Amor*, escrita en 1848, y que en 1866 le elevó á maestro en Gay Saber puede en cierto modo ser considerado como precursor.

(3) Entonces el Estrecho no existía; el brazo que enlazaba la Bética con la Libia era fragosa sarta de peñones, cuyos extremos, los dos enhiestos montes de Gibraltar y de Ceuta, duran todavía.

Con ella el divino Arquitecto sujetó tus olas, Mediterráneo, que ariscas



La vasta erudición de que alardea Calvet en su *Mallorca Cristiana* hace algo embarazosa la lectura de su, en muchos trozos, inspirado poema, y destácanse en *El Geni Catalá* algunas estrofas mistralianas de merecedor encarecimiento.

Digno es de nota que casi todos los ejemplos tomados en literatura, que se alza genial después de secular reposo, son poemas que bien pudieran ser elementos de una gran epopeya; no fuera difícil hallar entre ellos íntimo enlace.

La Ciencia, por su majestad, tiende á la épica, como muchas de sus aplicaciones, por lo rítmicas, llevan á la lírica y á la versificación, que es, en cierto modo, la mecánica de la Poesía.

Una forma lírico-épica se avecina, que todo se confunde en las edades primitivas, todo se divorcia, para luego volverse á unir con elementos más acrisolados y perfectos. Así también la historia volverá á ser presentada en conjunto después de su transitorio lapso de monografías depuradoras. La vuelta al poema cíclico y al arcaico no ha de ser considerada como un retroceso, mientras no lo tengamos á la vista para bien juzgarlo. Por él clama uno de nuestros modernos preceptistas (1), Francia lamenta que el autor de *Le Bonheur y la Justice* haya muerto sin producirlo.

Selección de lo extremado que contienen los géneros conocidos; encadenamiento de facultades; productor de obra que sea pasto de las multitudes, en la cual el sentimiento y la ciencia, la tradición y la esperanza se compenetren ó se muestren con alternancia cadenciosa, haciendo vibrar á la vez el cerebro y el corazón. Compleja, tónica, regeneradora, que despierte la sensibilidad social á los problemas científicos, percibiéndose en sus

---

se salían de tu lecho para correr á más anchuroso mar, leones hacia sus leonas, que rijosos forcejean contra la playa á su reclamo.

.....  
Mas escrito está: alzaráse una noche la compuerta de los mares tan sólo á lavar un crimen de l'Atlántida; y para colgar su nido de un alero, no hallará la golondrina, al siguiente día, tierra bastante en toda ella.

(1) Navarro Ledesma; *Lecciones de Literatura*.



estancias la variedad engarzada en la unidad; manifestando la belleza á viva luz y la utilidad en efluvios; lo que fué junto á lo que nunca ha de ser; buscando en las ocultas raigambres afinidades que hasta ahora se han tenido por discordancias, y realizando en fin la alta misión de la literatura contemporánea, encaminarse á la Verdad.

La Ciencia va descendiendo de su región abstracta al materializarse en aplicaciones que el arte moldea. Ha de buscarse en ella el alma, lograr que hable en su silencio, producir con el verso la voluptuosidad que la hace deleitosa; si alas propias no tiene, dénsese las de la Poesía, tendiendo á la producción de un arte robusto con relieves y dejos de antigüedad, acaso con arrebatos románticos, pero recriado en el moderno ambiente.

Intervienen en la constitución completa de una obra poética el cantor, el auditorio y el tema, existiendo enlace entre ellos, sin el cual carecerían de efectividad. Se ha significado ya que la Poesía se encuentra en una época de descanso, precursor de un avance ó mutación notable; cambian perennemente la conciencia humana y la estructura social, y se abren en el cerebro nuevas vías y enlaces que la herencia transmite. A las dotes nativas adiciona el poeta las adquiridas en el estudio de la Naturaleza, de la Ciencia y de sí mismo, acrecentando con la erudición los ardores de la fantasía, al tiempo que el auditorio ensancha sus conocimientos, y, relacionándolos con su bienestar, se apodera de la riqueza intelectual, antes patrimonio de pocos, poniéndose en condiciones de gozar bellezas que eran para él de imposible alcance.

Como las aguas que entran en los mares después de ser llevadas por tortuosos cauces, turbias con la tierra que arrancaron de las márgenes al pasar, elévanse diáfanas en forma de nubes teñidas por el sol naciente formando fenómenos de espejismo que contempla entristecido el nauta en sus soledades, así los temas que penetraron turbia y dificultosamente en las mentes, coloreados por la Poesía hieren nuevamente las imaginaciones, estampándose en ellas de indeleble manera.

Todo cuanto es caótico en la mente, vago en el corazón, el poeta lo pone en evidencia. Es fuerza, por tanto, que el autor esté bien imbuído en el asunto, y pueda, como el antiguo arús-



pice, mostrar sus entrañas, prediciendo lo por venir; requiérese que el oyente se halle capacitado para comprender ó columbrar su grandiosidad; requiérese, no menos, que el asunto la posea y se haya difluído algún tanto, hecho materia artística, perdido la rigidez del molde, al tiempo que el poeta, convertido en divinidad, le infunde un alma derivada de la suya. Contrariamente al verso citado de Byron, y con igual verdad, puede afirmarse que todo lo inanimado llegará á vivir, á hablar, á razonar un día.

La pluralidad de temas aumenta con el de investigadores, perfección en los aparatos y el mismo acervo de conocimientos, al par que crece la mentalidad de las muchedumbres, antes indiferentes á la marcha científica y sólo sensibles á la emoción literaria. De modo algo similar á la inducción eléctrica, ya en el campo de la Poesía se siente el influjo de la Ciencia, y quizá llegue día en que ésta se envanezca exhibiendo y cultivando su genuina hermosura.

Signo distintivo de los grandes poetas, universalmente reconocido, es la comunión con su época, cuyos sentimientos condensaron, expresándolos con voz potente, que sonó á la nutrida de armonioso coro, y no es plausible quitar á la civilización presente ni á las venideras el derecho de que tengan quien, concentrando en la suya el alma de un pueblo, feliz ó desgraciado, esclavo de nueva esclavitud ó vencedor con nuevo botín en incruenta guerra, quien, aprehendiendo sus rasgos salientes, sus aspiraciones y quebrantos, resuma y cante sus altos ideales.

A los cánones artísticos de Policteto suceden los cánones científicos de la resistencia y la elasticidad, que serán un día reemplazados por los científico-ideales que ponen los contornos en concordancia con nuestras aspiraciones más que con las imperiosas exigencias de la materia; de un fondo asaz repleto de cifras sale una forma esbelta, y, si un perfecto cerebro las ordenó, surge con alas por maravillosa y rápida metamorfosis.

De que la Ciencia es semillero de belleza y evocadora de poético numen, pues ha crecido con su natural raigambre y conservando el respeto á sus fundamentos primordiales, podríamos aducir ejemplos varios, aun en la porción en que el Arte, por lo abstracta, no ha conseguido modelarla á su antojo. «En ella—dice mi sabio maestro, D. Eduardo Saavedra —, existe esa



doble actividad consciente é inconsciente que Schlegel concreta tan solamente á las Artes.»

¡Cuánta belleza extrínseca é intrínseca en la fórmula de Maclaurin, donde los elementos diferenciales van anunciando el camino y el desenvolvimiento de la curva y donde se presienten, por rítmica correlación, los términos venideros!

Agraciadas eran las estatuas griegas, esbeltos sus templos, á los que servía de fondo un cielo de zafir; pero el secreto de su hermosura estribaba en gran parte en la prefija aplicación del módulo, en sus proporciones con el elemento tomado como base.

Eminentemente rítmica es la ley de las truncaduras racionales en cristalografía y, en la de las zonas, aparecen conjugados los planos de los minerales, notándose la falta de uno de ellos como la de una sílaba en verso mal medido.

Acerca del binomio de Newton así exclama otro de mis ilustres maestros (1): «aquel ritmo con que los coeficientes se desarrollan, todos emanando de un mismo principio, todos obedeciendo á una ley, todos partiendo de una idea», idea que halla igualmente Ruskin en las especies orgánicas.

Hay en dicha expresión matemática—como en muchas otras—una belleza geométrica y una belleza analítica, que, para el ya iniciado, la fórmula sugiere la forma, recreándose el ánimo en la armonía latente, gozando de antemano en la fecundidad de sus aplicaciones.

Emerson, después de decir que «todo lo material tiene su lado celeste», ve una gracia sobria en ciertos minerales y celebra el brillo de la marcasita, la certidumbre de la afinidad y la vivacidad de los ángulos, aunque no llega á la constancia en los mismos, al *non mutatis angulis* de Stenon, ni á otras asombrosas concordancias.

Si fuese factible á la fotografía instantánea obtener la de un rayo luminoso en vibración y lanzarlo, merced á un aparato proyector, sobre esas blancas retinas que repercuten á su vez en las nuestras, veríamos una serie de líneas paralelas de longitud creciente y decreciente formando grupos ó estrofas sumi-

---

(1) Don José Echegaray.



sas á la ley de periodicidad, todo ello armónico, uno y sugestivo, produciendo en esquemática forma la verdadera y eurítmica *Poesía de la luz* (1).

En los modernos ciclos de la Química se marcan los vacíos que dejó Naturaleza, los cuales van siendo rellenados sin falencia por la Industria; sabemos los colores y virtudes de compuestos que aún no existen y que aparecen al conjuro de la fórmula, creada á su vez é imperiosamente exigida por el ritmo científico.

Parece que en ellas *algún espíritu yace*, como expresó Zorrilla en su poesía *Al Reloj* de la antigua iglesia del Buen Suceso.

¿No hay, acaso, poesía en el modo de que se vale la floricultura para producir nuevas especies de rosas, pagadas luego más que á peso de oro? Aquellas libélulas mariposas y abejas, presas en caldeado invernáculo, revoloteando entre diversas flores y libándolas para transportar el polen fecundante de unas á otras, creando al acaso tipos más bellos, tipos que á menudo la hibridez originaria no propaga, resultando rosas más raras, más efímeras y, por tanto, más preciadas (2).

¿Acaso no hay poesía, y poesía terrible, en las llamadas por los médicos curvas vivas, en las cuales, como aparatos registradores, se marca el pulso del doliente, y que tienen, para el corazón que cuitado las observa, unas veces el aspecto de las olas de encrespado mar y otras la bonancible calma de las noches

---

(1) La *elipse*, esa simpática curva geométrica, es como el emblema del amor con sus dos focos conjugados de propiedades idénticas, lanzándose mutuamente los radios vectores, que en el contorno se reflejan; acercad esos focos, esos corazones, confundidlos, y se producirá el círculo, símbolo hierático de la eternidad; alejadlos, y surgirá la parábola con sus dos ramas, que van distanciándose más y más.

La *cicloide* incluye el progreso, siempre reentrante en sí mismo, retrogradando, pero con avance definitivo; la mente imaginativa y pensadora ve en la *sinusoide* el vaivén de la vida, sus altibajos, la variedad en la unidad, las alternancias del dolor y el placer, con sus puntas siempre romas, no llegando ni uno ni otro al extremo culminante.

(2) En el año actual, en la Exposición botánica de Regent-Park se han presentado más de doscientas especies nuevas, proponiéndose que se reconozca la propiedad del inventor.



de luna? ¿No es poética la dinamita por sus efectos, ora benéficos, ora destructores?

—*La Epopeya de la Arcilla* lleva por título una poesía de don Emilio Ferrari; en rigor es sólo un fragmento loando á Bernardo Palissy, el alfarero artista y filósofo. ¡Qué obra tan hermosa hubiera podido salir de la pluma del insigne poeta! ¿Qué no hubiera dicho en castizos versos acerca de la Arcilla, inspirándose en las teogonías que pintan al divino Alfarero plasmando la tierra; en la Naturaleza, que con ella prepara el advenimiento del hombre, su origen, su nutrimento y su sepulcro; en el Arte, desde la cerámica prehistórica, pasando por la arcaica griega de asuntos terroríficos y por las ánforas panateneicas, á la esbelta de los etruscos?—

¿Quién negará poesía, poesía intensa de orden lírico á la barca del pescador que, vigilando sus redes, espera cantando el día cabe las risueñas márgenes del florido Guadalquivir? No yo, por cierto, que he intentado, en vano, verter esas lágrimas del pueblo, tan reducidas en la forma como grandiosas en el fondo; pero de corto alcance estético será quien no la sienta asimismo de orden más poemático, si por acaso contempla, al atardecer, uno de esos enormes acorazados ó rápidos trasatlánticos, hijos mimados del cálculo, guerreros con moderna armadura, cuyo palenque son los mares procelosos, encaminarse, sin vacilaciones ni bordadas, á amplio y bien guarnido puerto, al tiempo que la tierra enciende sus faros eléctricos, ojos avizores que centellean desde lo alto para mejor orientarle, y como, para darle abrigo en su seno y defenderle del oleaje costero, tendió unos largos brazos de piedra inmovible, que corona con alma ansiosa y labios entreabiertos densa muchedumbre, en tanto que el paladín rebasa los diques, esplende en sus reflectores y, en señal de triunfo y á modo de caricia, lanza á los aires un prolongado silbo de sirena, aprendido quizá en nostálgicas y solitarias noches allá en medio de los mares.

Hermoso es el sol cantado por San Francisco de Asís; sumiso el de Josué (1); almo divino el de Herrera; desdeñoso ante

(1) «Si detener al Sol hizo el Capitán Josue, cuando lo imperó contra los Gauaonitas que no fué con oración en prosa, sino con bien medidos metros.» *Masius super Josue*. Panegírico por la Poesía.



la arrogancia el de Espronceda; anticuado el que se bañaba en las ondas helénicas y diariamente se encendía; poético, en todas las literaturas, el que, agrandándose y enrojeciéndose como un corazón en las melancolías del adiós, sepúltase tras las montañas de Occidente; pero hay otro sol más fecundo en ideas y en pensamientos que espera su bardo, el sol que ha confiado á los prismas espectrales los secretos de su ser; el que camina vertiginosamente hacia la constelación de Hércules, llevando en planetario cortejo á Saturno con sus nupciales anillos; al audaz Mercurio, mariposa de sus llamas; á Neptuno, entre nieblas; al fulguroso Urano; al hosco Marte; á la triste Tierra, con su satélite cadáver; y, como irisados ópalos, restos varios de cometas errabundos. Arquetipo del trabajo, globo que hierve en constante génesis, el mar entero arrojado sobre él formara sólo una película esteroidal que cernería sus rayos. La Ciencia, nueva Urania, lo pesa sin tocarlo; cuenta sus días seculares, vaticina su muerte y describe su último rayo, cuando ya no volverán á abrirse las flores ni á cantar las aves y se cuajará la sangre en las venas del hombre y la savia en el tronco de los árboles; cuando detendrán los ríos su carrera, los mares su respiración y caerá la atmósfera sobre la tierra como pesada losa de sepulcro.

La telegrafía sin hilos, sobre científica, sobre económico-social, aparece altamente poética.

En este caso, como en muchos otros, la Poesía se ha adelantado á la Ciencia; un verdadero presentimiento de su venida ha flotado siempre en los espíritus: Calderón la adivina en *El médico de su honra* (1).

¿Qué sino telegrafía sin hilos es el amor en la ausencia? ¿Qué otra cosa las soledades (2) ó añoranzas?

Telegrafía sin hilos hay en las ruinas iluminadas por la Luna, enlace y reflejo de las ruinas cósmicas del satélite de la Tierra.

¿Qué es sino telegrafía, y aun telefonía sin hilos, la comunicación etérea con los seres que nos arrebató la muerte, cuyo influjo sentimos en momentos solemnes, como en éste de mi vida?

(1) Jor. II. Esc. V.

(2) En Lope de Vega, *Guardar y guardarse*. Jor. III. Esc. VIII, se lee un hermoso y claro ejemplo del empleo de esta palabra.



Culpad la poqueza del que os habla, no la de estos y otros temas que, á merced de un poeta, al són de ritmo canoro y con el atavío de métrica vestidura, movieran noblemente vuestro entusiasmo.

«Todas las rocas dan agua viva cuando las hiere la mano de Dios», ha dicho Pastor Díaz con bella y pintoresca frase. Sin contradecirla en manera alguna, sea la siguiente término y síntesis de lo que he expuesto:

Si golpeáis con tirso apolíneo en las grutas oscuras y en las cumbres ya esplendorosas de la Ciencia, brotarán, emanados de la misma causa, *raudales de inspiración poética*.

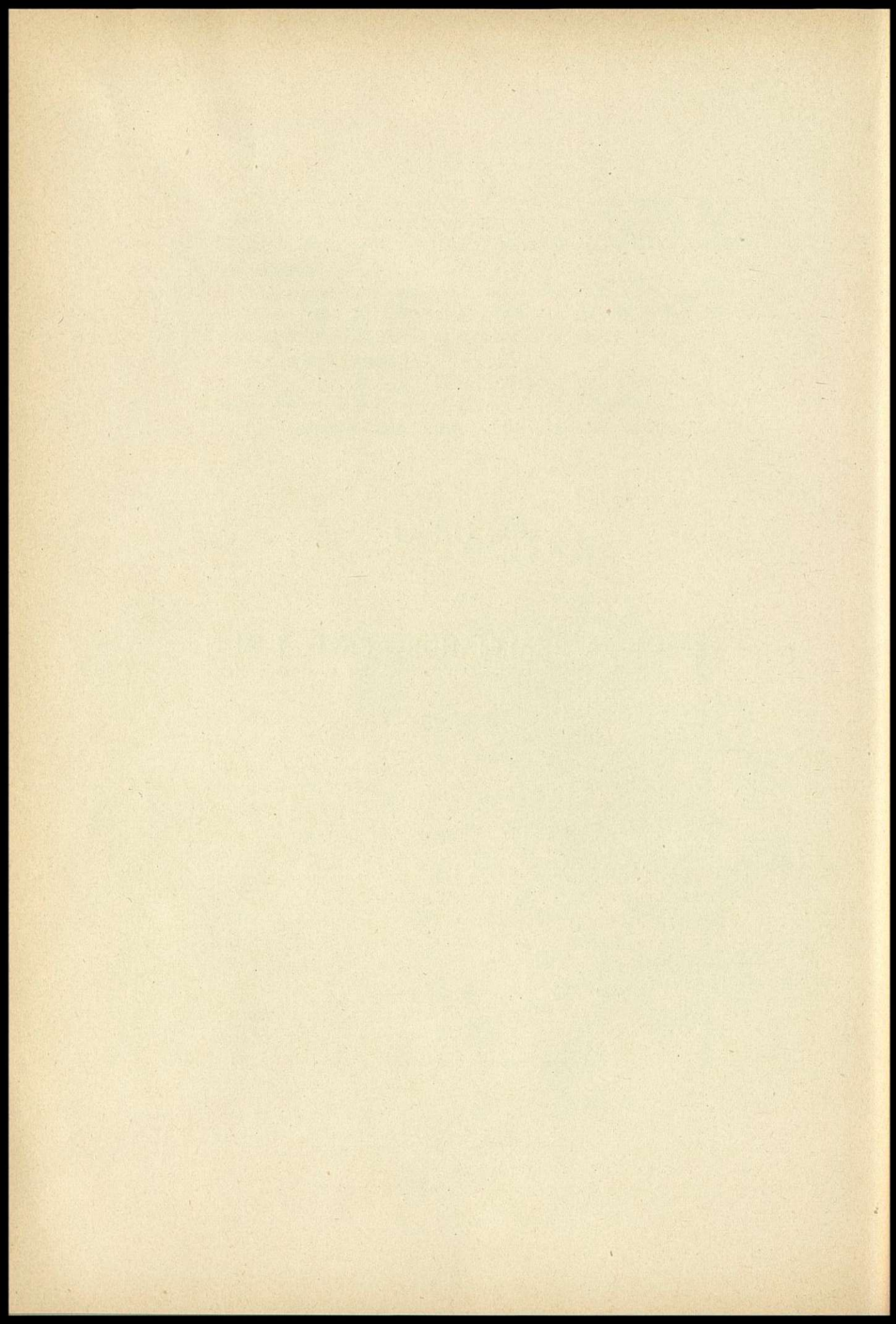


DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. ALEJANDRO PIDAL Y MON







### SEÑORES:

La voz unánime de aprobación con que acogió la opinión pública, en todos sus más variados matices, la elección llevada á cabo por la Academia al designar al Sr. D. Melchor de Palau para individuo de número de tan glorioso Instituto, hubiera sido demostración suficiente de nuestro acierto si no lo hubieran sido ya de antemano las probadísimas condiciones y las notorias cualidades de quien, como nuestro nuevo compañero, goza de un nombre tan conocido en el seno de nuestros interiores anales como en los vastos confines de nuestra república literaria.

Correspondiente asiduo y laborioso durante cerca de un cuarto de centuria, en que ilustró nuestras juntas con sus apreciables trabajos; inteligente cultivador de las modernas ciencias naturales, en que demostró su saber y consagró su nombre con éxitos; inspirado poeta popular, autor de infinidad de cantares que han tomado carta de naturaleza en el vulgo; campeón teórico y práctico á la vez de la escuela que podríamos llamar de la *Ciencia poética* ó de la *Poesía científica* en las novísimas orientaciones del Parnaso contemporáneo; llegado por su antigüedad y sus merecimientos á la más alta categoría oficial en la brillante carrera del honroso cuerpo á que pertenece, é hijo y representante, á la vez que de la Patria y de su idioma nacional en el orbe espiritual de las letras, de una de las regiones españolas que se envanece con mayor razón por la posesión de una literatura capaz de honrar una lengua y una comarca, Melchor de Palau, aparte de sus universales dotes de cultura,



de su infatigable laboriosidad y de la apacible y noble condición de su trato, será un inapreciable colaborador de nuestras tareas literarias, cada vez más necesitadas de trabajadores concienzudos y de obreros incansables en su inspirada y casi siempre obscura labor de fijar y limpiar la lengua que ha de esplender en las creaciones del genio, si hemos de seguir respondiendo con dignidad á lo que de nosotros exige la historia de nuestra docta Corporación y las obligaciones de su fama.

Quizá no es esta la más propicia ocasión de celebrar los méritos del geólogo, del ingeniero, del catedrático, del abogado; pero no podemos menos de recordar, para justificar nuestro acierto, aun desde este punto de vista, sus servicios en numerosos centros y provincias varias (1), sin olvidar los ocho años que desempeñó el cargo de Ingeniero jefe de la Diputación de Barcelona, que renunció en 1886, sus trabajos como encargado del estudio de los ferrocarriles y túneles del Pirineo central, hoy día en ejecución; su labor asidua é inteligente como jefe del negociado de aguas en el Ministerio de Fomento; sus lecciones como profesor de Geología, de Paleontología y de Legislación en la Escuela especial de Caminos; sus obras técnicas y jurídicas, y sus trabajos científicos en varias publicaciones, tanto españolas como extranjeras, que han de hacer tan útil y conveniente su concurso al discutir las voces relativas á estos asuntos, aunque sea más pertinente á nuestro Instituto conmemorar más especialmente, además de sus trabajos y papeletas como correspondiente acreditado por su asiduidad y saber, sus obras literarias, tanto las escritas en el idioma castellano como las escritas en el que se habla y se escribe especialmente en la región española que se distingue de las demás con el nombre glorioso de Cataluña.

Bajo este aspecto el nombre de Melchor de Palau para la Academia Española es, como lo fueron los de Balmes, Torres Amat, Capmany, Aribau, Coll y Vehí y Milá y Fontanals, que escribieron en castellano sus obras más importantes, un vivo ejemplo de la armónica unidad con que Dios ha fundido dos cosas que en mal hora querrían separar los hombres: la familia pa-

---

(1) Segovia, Almería, Málaga, Valladolid, Barcelona y Madrid.



triarcal y la familia política, el solar paterno y la bandera nacional que lo cobija y lo defiende, la imagen tradicional del Santo Patrono de la Hermandad con el dogma y la jurisdicción de la Iglesia Católica que lo canoniza y lo bendice, el poeta que abre sus ojos, su corazón y su voz á los alegres cantos de la alborada en el suelo que le vió nacer para celebrar la gloria de los héroes de su comarca en el lenguaje de sus padres y rompe después en los sonoros acentos del noble idioma nacional para compenetrarse y fundirse con sus hermanos de las vecinas regiones, afirmando su comunidad de raza, de historia y de interés, tanto político como social, así como los variados matices del iris en la luz se funden y se reconcentran en la clarísima del sol para disipar y ahuyentar unidas las enemigas tinieblas que las apagan. Melchor de Palau es el ejemplo vivo del poeta que piensa, siente y canta en catalán y en castellano á su vez, sin que la variedad de sus modulaciones y acentos destruyan en lo más mínimo su unidad poética de español, como no la destruyen, antes la confirman, en Castilla los hijos del Cid y en Asturias los hijos de Pelayo cuando cantan sus glorias respectivas con sus respectivos acentos, sin creer que cantan glorias extrañas ó enemigas cuando las unen en su entusiasmo y en su amor, por no decir en su orgullo, de patria, de nacionalidad y de raza, con las que celebran las hazañas de Aragón y de Cataluña en los mares y en las islas de Italia, en los clásicos territorios de Grecia y del Oriente; allí donde esculpieron la alteza y la grandeza del nombre español con sus *hierros dispertados* contra la tierra, los héroes inmortales de *la Gran Compañía*.

Como poeta catalán Palau es un poeta de cuerpo entero; y yo lo siento y lo proclamo en castellano, porque como español he sentido y llorado como *Las Campanas de la Seu*, *La mort del Príncep de Viana*; como podría hacerlo mi maestro el gran Coll y Vehí, la desaparición del gran escritor español Milá y Fontanals; como el último ribereño del Ter y el último habitante del Canigó la colosal grandeza del memorable Santuario de la Virgen de Montserrat; porque todo se podrá deshacer, deformar, desagregar y destruir en el mundo, abandonado por Dios á las disputas y por lo tanto á los sofismas de los hombres, menos que lo que haya sido pueda no haber llegado á ser; y que así como



Montserrat es Cataluña, Cataluña con Montserrat haya dejado de haber sido tierra de la tierra española, entrañas vivas de la historia de su nacionalidad, amor de almas y de corazones españoles, timbres gloriosos del orgullo de sus banderas nacionales y esperanza de nueva y radiante vida y de eterna felicidad para todo el que no reniegue de la fe y de la tradición de sus padres.

Por eso yo, en nombre de la gran familia española, cuya más alta representación literaria es esta inmortal Academia, felicito al ilustre poeta que ha cantado en catalán y en castellano á la histórica Virgen de Montserrat (1), y que viene á simbolizar en nuestro seno la unidad de persona, de naturaleza y de sustancia, del Poeta genuinamente nacional, que no ve ni siente incompatibilidad de ninguna especie en cantar las glorias de su solar regional en los tajadores acentos de la lengua de sus montañas y las glorias de su patria nacionalidad en los vibrantes acentos de la lengua histórica y oficial que alcanzó el nombre de Española, cuando nuestros místicos la santificaban hablando con ella de Dios, en términos no superados por otro alguno, y nuestros Monarcas la ennoblecían escogiéndola para recibir, como la más majestuosa, en sus sonoros acentos, las parias de la Cristiandad, avasallada por nuestras armas.

Como poeta castellano, dos son las notas características de Melchor de Palau, bien distintas por cierto, y suficiente cada una de ellas, por sí sola, para darle personalidad y relieve: la primera, como poeta popular, autor de gran número de *cantares* que han realizado la profecía de Cañete, incorporándose en la literatura vulgar. «No pasará mucho tiempo—decía el crítico ilustre, cuyos crespones flotan aún en los blasones de esta Academia—sin que todos ó la mayor parte de los *cantares* de Palau corran de boca en boca por las poblaciones de nuestra Península y por los labios de los que hablan la hermosa lengua de

(1) La publicación eminentemente catalana *La Veu del Monserrat* publicó en castellano en 6 de Mayo de 1882 la poesía *La formación del Montserrat*, leyenda dedicada á la Virgen, con la siguiente nota: «Creemos del caso hacer una excepción de la regla insertando esta bellísima poesía del Sr. de Palau, que sabe vestir con ropaje poético las abstrusas teorías científicas. Es una composición hecha de mano maestra y es de lo mejor que hemos visto en prosa y en verso acerca de la original montaña.»

En *Poesies catalanes* canta á la Virgen en catalán.



Cervantes en uno y otro hemisferio», y no necesitaré esforzarme mucho para preguntaros si habéis atravesado alguna región en que se sienta y se hable en español en donde no hayáis oído resonar alguno de los que ha publicado y que ha logrado llegar, según lo confirma el ilustre García Blanco, «no sólo á los oídos de los literatos, ya españoles, ya extranjeros, sino á las clases más humildes de la sociedad, entre las cuales corren de boca en boca, como si fueran producto de generación espontánea».

La segunda nota poética de Palau es la que podríamos llamar *científica*, ó sea, la de buscar en la *Ciencia*, con preferencia á la *Fábula*, el manantial de la inspiración poética y literaria de que son buena muestra sus composiciones *La Poesía y la Ciencia*, *A la Geología*, *El Rayo*, *Glorias efímeras*, *A la locomotora*, *Un secreto de las flores*, *Al carbón de piedra*, *Al polo ártico*, encerradas en el tomo de *Verdades poéticas* y el hermoso *Discurso* que acabáis de oír de sus labios, y sobre cuyo tema habré forzosamente después de deciros breves palabras.

Por lo demás, la obra literaria del Sr. Palau como poeta corre parejas en magnitud con su obra científica y profesional como ingeniero, y si en la segunda brillan los muchos puentes por él construídos, sus comentarios y notas críticas sobre la *Ley de Aguas* y sus estudios sobre *Carreteras-tranvías* y las carreteras de la provincia de Barcelona, y el plan de las mismas, que llevó á cabo en parte muy considerable, y sus lecciones sobre Geología (1), explicadas largos años en la Escuela de Ingenieros, y sus trabajos preparados para darse á luz sobre *Aplicaciones de la Geología*, así como el notable Museo, que formó y que recordará allí siempre su nombre, en la primera serán siempre merecedores de aplauso sus tres colecciones de *Cantares*, que cuentan ya varias ediciones; *Desde Belén al Calvario*, tan celebrada por los críticos; *Las verdades poéticas*, editada ya hasta seis veces (2); *Los versos para Escuelas*, que sirven de texto en muchas de las primarias; sus *Poesías y Cantares*, en la Biblioteca del siglo XIX; las *Poesías de Palau*, editadas por Tasso; *Cantares populares y literarios*, publicados por Mon-

---

(1) Obra de texto.

(2) Incluyendo la que acaba de editar la casa F. Granada C.<sup>a</sup>





taner y Simón; *Las Poesies catalanes*; la traducción de la *Atlántida*, de Verdaguer, en que se demuestra tan profundo conocimiento de la riqueza de ambas lenguas, llevando ya diez ediciones agotadas, y la de *Batalla de Reinas* de Soler premiada por nuestra Academia; *Los acontecimientos literarios*, estudios críticos de 1888 á 1896; *Horas de amor*, ya preparadas para darse á luz; el *Recordatorio á su hija Mercedes*, que no puede leerse sin lágrimas, con otros varios trabajos que figuran diseminados en distintas publicaciones, ó recopilados en forma de *Cantares de ciego* para su difusión popular, ó recopilados en colecciones de *Versos para los niños*, ó reproducidos con encomio y presentadas como modelos en los *Florilegios de poesías castellanas*, como el dado á luz por nuestro inolvidable Valera.

Y esta labor con que se presenta ante nuestras puertas el Sr. Palau no puede calificarse de muerta, pues, aparte de las múltiples reimpresiones de sus obras, muchas de ellas han sido traducidas, al alemán, por J. Fastenrath y E. Pflücker; al francés, por Aquiles Millien; al italiano, por Diocleciano Mancini; al catalán, por Matheu, Maseras y otros autores; al tcheque, por Pickhart; al sueco, por Göran Björkman; al portugués, por Ossorio de Castro, y al ruso, por Mazurine; habiendo sido elogiadas en estudios críticos acerca de ellas por escritores como Cañete, Selgas, Valera, Alas (1), Pardo Bazán, Revilla, Ixart, Masriera, Pérez Galdós, Blasco, Cavia y Carracido en España. y Latour, Pierre Ville, Tourtoulon, Savine, Mancini y Fastenrath en el extranjero, con lo que ya se deja ver el *lastre* científico y literario con que se presentó á nuestra elección el nuevo Académico (2).

(1) Hasta *Clarín*, tan enconado en la crítica como parco en elogios, dice: «Melchor de Palau es un catalán que ha tenido el buen gusto de ser poeta también en castellano, escribiendo preciosos cantares que se han confundido con los del pueblo.»

(2) Muchas páginas podríamos escribir, entresacando de los estudios críticos publicados, y de alusiones lisonjeras ó dedicatorias honoríficas, elogios y panegíricos de Palau, desde Zorrilla á *Clarín* y desde Selgas á doña Emilia Pardo Bazán; pero como éste se saldría de los razonables términos de un discurso, nos limitamos, aparte de lo transcrito, ya en una ó en otra forma, á copiar por nota estos párrafos, entresacados de un estudio de Pérez Galdós, por lo ingeniosos y lo encomiásticos:



En resumen: que carecen en absoluto de razón las sentidas frases con que su modestia nos hace patente su gratitud por la innmerecida honra que se le dispensa al darle un asiento entre nosotros. Era yo novicio en esta Academia, en que hoy gozo, en virtud de las tristes prerrogativas de la edad, las cimas del escalafón, y ya veía en los próceres de aquel tiempo dar por segura la entrada del Sr. Palau en el seno de nuestro recinto, y si se ha retrasado la fecha material de su entrada ha sido, sin

---

«¡Y decíais que este era un libro sin unidad, sin asunto, sin interés! Pues nosotros, penetrando en él, escudriñando cuidadosamente sus páginas, hemos encontrado una tierna historia, que trataremos de desarrollar claramente, reuniendo con orden los elementos dispersos que en una y otra página encontramos. ¡Cómo oculta Palau sus secretos! Escribió un lindo poemita de amor, y, una vez concluido, le desmenuzó, lo redujo á pedazos, y, después que vió los fragmentos perfectamente confundidos, arrojó el todo sobre las máquinas de imprimir, creyendo que la muda prensa no revelaría su secreto. ¡Cómo se engañaba! ¡Ha creído hacer una colección, un álbum, y ha hecho una tierna historia, un poema encantador. El lector ha burlado su empeño, y guiado por misterioso hilo, ha unido las obscuridades de tan confuso laberinto, saliendo felizmente de él con el corazón de Palau en la mano.»

Zorrilla, el gran Zorrilla, llamaba á Palau el poeta del *Rayo* y del *Carbón de Piedra*, diciendo que él lo era de los *Buhos* y las *Cigarras* y gustaba de que dieran juntas veladas literarias, pues añadía: «Nuestras musas son tan distintas que no se hacen sombra.» No pudiendo acompañarle en la sesión poética que dió en el antiguo Ateneo, escribió á su Presidente don José Moreno Nieto la carta que, tomándola de una notable colección de autógrafos, ponemos á continuación, por creerla la más espléndida *Ejecutoria* que puede presentar un Poeta español del siglo xix.

»Excmo. Sr. D. José Moreno Nieto.

»Mi queridísimo amigo: D. Melchor de Palau no necesita recomendación para el Ateneo, porque probablemente lo presentará en él su profesor Echegaray; pero yo quiero tener el honor de presentársele á V. como un poeta de primer orden, como verá V. por las composiciones que leerá en la sesión que se acuerde.

»Se le presento á V. con tanto más placer, cuanto que pertenece á la pléyade de poetas del porvenir que nos han de enterrar á los poetas del pasado; y yo tengo orgullo en tener la modestia y el buen sentido de ceder el paso á los que vienen detrás de mí á paso más precipitado del que puede ya sostener el viejo poeta que le vivirá á V. siempre agradecido. — *José Zorrilla.*»

Palau veló su cadáver la noche en que tuvimos el triste honor de que fuese depositado en la Academia.



duda, porque la sabia Providencia, que rige y gobierna todas las cosas, ha querido dar tiempo á que el Sr. Palau se presentase ante nosotros con todos los laureles que, conquistados en tanta lid, forman su voluminoso trofeo.

¿Queréis que despojándole ahora de algunas flores las ofrezca breves instantes á vuestra consideración? Sólo arrancaré alguna que otra para adornar este discurso con galas, poéticas por lo ajenas, como libres y alados recuerdos que traigan ante vuestra imaginación los diferentes pensiles en que se han cogido.

De los cantares sólo tomaré al azar algunas muestras de cada género:

En el cementerio entré  
y dije al sepulturero:  
«Abre un hoyo pequeñito  
para un corazón que ha muerto.»

Yo te quisiera poner  
junto al astro más brillante,  
para que te vieran todos  
y no te alcanzara nadie.

No te admire que tus ojos  
contemplo con tanto afán,  
son las losas del sepulcro  
en donde mi dicha está.

En duro bronce tenía  
forrado yo el corazón,  
mas tú lo has vuelto de cera  
y en él has escrito *Amor*.

Dios quiso que la vergüenza  
fuese una flor encarnada.  
Para que la vieran todos  
la hizo brotar en la cara.

Me comparo á las abejas  
que se mueren cuando pican,  
pues el día en que te amé  
fué el último de mi vida.

Ojos azules tenía  
la mujer que me engañó,  
ojos de color de cielo.  
¡Mira tú si fué traición!



Orillas del mar soberbio  
me puse á considerar  
que las olas que más suben  
son las que descienden más.

Yo soñé que el sol se helaba,  
soñé que la nieve ardía.  
¡Mira qué cosas soñé  
que hasta soñé que eras mía!

¿De qué sirven los civiles?  
... Vayan benditos de Dios.  
¡Si en la mitad del camino  
me han robado el corazón!

Hasta el sol voy á subir  
á coger dos ó tres rayos,  
para atarte esos cabellos  
que en el aire están flotando.

Así á las puertas del cielo  
dos almas piden entrada:  
«Yo he llorado mucho, mucho.»  
«Yo he secado muchas lágrimas.»

En las rosas de tu cara  
un beso acaban de dar,  
rosas que picó un gusano  
presto se deshojarán.

La escalera de tu casa  
tiene escalones bien raros;  
son de ilusiones, si subo;  
si bajo, de desengaños.

En las aguas de un arroyo  
llegó mi niña á mirarse,  
y el arroyuelo se heló  
para retener su imagen.

La campana de mi pueblo  
sí que me quiere de veras;  
se alegró cuando nací  
y llorará cuando muera.

Los labios de la que adoro  
vió una mañana el coral,  
y, avergonzado, escondióse  
en lo profundo del mar.



Pretendí á una nubecilla  
contarle todas mis penas;  
mas, en cuanto hube empezado,  
cayó en lágrimas deshecha.

Tu nombre grabé en un árbol  
y de la herida murió;  
murió de la misma muerte  
que mi pobre corazón.

Hay un río que separa  
esta vida de la eterna,  
y se atraviesa en un barco  
forrado en bayeta negra.

Cuando tus pisadas siento  
me pongo como la grana,  
y es que por verte se asoman  
los colores á mi cara.

Gotas parecen mis lágrimas,  
gotitas de agua de mar,  
en lo amargas, en lo muchas,  
en que al cabo me ahogarán.

Como muestra de poesías científicas ó de *Verdades poéticas*, como su autor las clasifica, apenas sabemos por qué empezar: todas son verdaderamente soberbias por la dicción y por el pensamiento. La grandeza del asunto trasciende á la grandeza de la forma, construyendo ambas la magnificencia del canto en que la Musa, inspirada ante las revelaciones de los prodigios de la realidad por el trabajo, desborda su entusiasmo y su fe en los destinos de la humanidad en himnos que saludan las sabias conquistas del progreso en el arduo sendero que conduce á las cimas de la civilización.

En estas poesías, el aspecto y el sentido poético de los descubrimientos científicos se realza con la forma poética de su brillante exposición, y son poéticas, sobre todo, porque el poeta, lejos de plegar sus alas espirituales ante el materialismo ó el panteísmo, brutal, asolador y pesimista de los cantores de la materia en los siglos que corren, siente, comprende y expresa la apoteosis de la razón, el triunfo de la espiritualidad, el homenaje debido al principio divino ante estos éxitos del alma inteligente y libre, que cumple obediente el mandato soberano de Dios cuando, al crear



el mundo como palacio del hombre, ordenó á nuestros primeros padres comprenderlo, poblarlo, dominarlo y embellecerlo en aquellas sagradas palabras de la Escritura: *Subjicite terram et replete eam* (llenad la tierra y sojuzgadla). ¡Que no es rebajando los inmortales destinos de la humanidad para ajustarlos á los estrechos límites de la materia y de la fuerza como se dignifica su gloria, sino escalonando y ordenando las conquistas del orbe físico á la posesión y á la soberanía del orbe espiritual, en que plenamente se realiza la finalidad suprema de la inteligencia, de la voluntad y de la libertad de las almas, hechas á imagen y semejanza de Dios para deificarse con él en la vida sobrenatural de los cielos durante una feliz eternidad en que, glorificados nuestros cuerpos por nuestras almas sobrenaturalizadas, nos abrasemos en el amor de la bondad infinita conocida en su absoluta verdad y contemplada en su perfecta belleza!

Véamoslo sino en toda la realidad de algunos trozos escogidos:

Contemplad primero la triste aparición y los tristes lamentos de la desdeñada *Poesía* en nuestra época industrial.

### LA POESÍA Y LA CIENCIA

Muda la lira en la indolente mano;  
desceñida la túnica; en el aire  
la flotante abundosa cabellera,  
que ya no logra sujetar el mustio  
laurel de Dafne, sube la *Poesía*  
á paso lento el Léucade ríscoso;  
buscando va la muerte que halló un tiempo  
de Mitylene la poetisa augusta:  
breve instante reposa; atrás contempla  
y ve razas y pueblos sucederse;  
por doquiera se mira reflejada,  
siempre su luz iluminando el cuadro;  
jovial sonrisa en las alegres fiestas,  
lágrima dulce en las luctuosas horas;  
mira lo por venir, lo ve sombrío,  
y, prosigue el sendero; al ardua cumbre  
llega por fin; las aguas acaricia  
con su mirada virginal, y lanza  
á los vientos su canto postrimero;



«Sacerdotisa de la cipria Diosa;  
eolia Musa, de celeste numen;  
cantora de Eros; en amor maestra;  
Mísera Safo.

Faón un día desoyó tus versos;  
esquivó el beso de tu labio ardiente,  
y tú, orgullosa, demandaste al onda  
tumba y olvido.

También hoy vengo á que la diva Tetis  
cabe tu cuerpo reposar me deje;  
también el mundo mi canción desoye,  
huye mi halago.

Las sacras aras, donde yo oficiaba,  
por tierra yacen en pedazos rotas;  
ya de Himeneo á celebrar las fiestas  
nadie me invita.

Ya se ha secado la Castalia fuente;  
de abierta concha ya no surge Venus:  
ávido el hombre sólo en ellas busca  
nítidas perlas.

Ya no arrebató Prometeo al cielo  
la luz y el fuego que doquiera brotan;  
y, en vez de ondinas, codiciosos buzos  
surcan las aguas.

Bella nereida en regolfado río,  
que el cauce deja para dar impulso  
á la rodante maquinaria activa,  
ya nunca mora.

Cupido alado, sin vendar los ojos,  
con oro trata de llenar su aljaba,  
para rendir el corazón humano  
única flecha.

Los altos bosques la segur abate,  
para abrir campo á la ferrada vía;  
ya del Dios Pan reemplaza al caramillo,  
silbo estridente.



Nuevo Pegaso por los aires vuela,  
y gañán torpe de pelambre hirsuta  
abandonada del pastor de Arcadia  
vive en la choza.

Cayó el castillo que albergara al bardo,  
el són perdióse de la blanda guzla;  
para escucharle, al ajimez morisco  
nadie se asoma.

Dejó el querub la sideral vivienda,  
que el antejo escrutador invade,  
y hacia otros cielos dirigió las alas,  
lejos, muy lejos.

La gran corriente que convierte en ruina  
lo que delicia de las gentes era,  
mantos no arrastra de fecundo limo,  
do broten flores.

Nada vislumbro que á cantar me incite  
en este siglo para mí en tinieblas;  
cuando la noche su negrura extiende  
callan las aves.

La indiferencia me atosiga el alma,  
todos me infligen dolorosa muerte,  
la más tirana que pudieran darme:  
la del desprecio.

Así habla la Poesía.

Escuchad ahora los consuelos y los consejos que le da la  
*Ciencia:*

Yo de ti necesito, amada mía,  
como la flor los plácidos colores  
para atraer la vaga mariposa,  
que, entre el polvillo de sus tenues alas,  
lleve á otra flor el polen fecundante.  
Tú endulzarás mis horas de amargura,  
cual del pueblo de Dios el cautiverio;  
tú cubrirás mi desnudez austera  
con tus leves cendales, que embellecen,  
mal velando, los mórbidos contornos;  
alados nacerán mis pensamientos;  
encenderás la ardiente fantasía,  
telescopio del sabio en cuyas sienas  
pondrás el lauro que tus manos tejan,



y, envuelto en los fulgores de tu nimbo,  
ascenderá á la cumbre de la gloria.  
Ya la Industria y el Arte se enlazaron,  
presto sigamos tan fecundo ejemplo:  
yo seré la materia, tú el espíritu;  
yo el fuego, tú la luz que de él emana;  
yo el análisis frío, tú la síntesis  
que con las flores bellas forma el ramo;  
yo la roca, tú el águila que afirma  
la planta en ella al remontarse al cielo;  
yo la raíz y el tronco, tú las ramas  
do posen las canoras avecillas.  
Tú serás la intuición, yo el raciocinio;  
tú la meta lejana, yo el atleta  
que al fin la alcanza á su fatiga en premio;  
tú la hipótesis, lampo fulguroso,  
yo el caminante que en obscura noche  
busca á su luz la suspirada senda.  
Cual dos abejas en verjel ameno,  
aunadas volaremos, con hartura  
libando sus dulzores virginales,  
para una miel labrar muy más sabrosa  
que la de Himeto, hasta á los Dioses grata.  
Los ídolos, por tierra derribados,  
que formaron tus juegos infantiles,  
consérvalos en clásico museo,  
pero no en el altar; no los invoques,  
y parcamente á su consejo acude;  
*já qué pedir belleza á la mentira  
si en campos de verdad brota espontánea!*  
si esos mundos que miras rutilantes  
son granos de semilla, que contienen  
la balsámica flor de la hermosura,  
si el cometa fugaz, y el rayo inquieto,  
y el arco iris, y la láctea vía,  
renglones son del inmortal poema  
que, festejando la creación naciente,  
escribió Dios en el inmenso espacio,  
y que ya deletrear consigue el hombre.

Calló la *Ciencia*; con intenso anhelo  
arrojóse en sus brazos la *Poesía*,  
y, un ósculo al cambiarse cariñoso,  
*la lira muda en la indolente mano,*  
á sonar comenzó, cual arpa eolia  
del verde ramo de un laurel colgada.



Ya lo habéis oído:

«Los ídolos por tierra derribados,  
que formaron tus juegos infantiles,  
consévalos en clásico museo  
*pero no en el altar; no los invoques*  
y parcamente á su consejo acude;  
*¿á qué pedir belleza á la mentira*  
*si en campos de verdad brota espontánea?»*

y los *campos de la verdad*, no son sólo para Melchor de Palau el campo de las ciencias experimentales, sino los de todas las ciencias de toda la vasta y la armónica realidad, que se coronan con la ciencia de Dios, que es la ciencia del Ser realísimo por esencia, ¡cumbre ideal de todo ser y de todo conocimiento, en que se funde la esencia de toda verdad con la luz de toda inteligencia!

Pero si queréis apreciar en todo su esplendor la Musa científica de Palau, oid algunas décimas del comienzo y del final del tan celebrado: *El Rayo*

I

Como caballo salvaje,  
saltando de nube en nube,  
corre inquieto, baja y sube  
sin freno ni vasallaje.  
Tenido fué por mensaje  
de celestiales enojos,  
pues, lanzando dardos rojos,  
el alto muro derrumba,  
y abre inesperada tumba  
á polvorientos despojos.

II

Caudillo de la tormenta  
que agita los hondos mares,  
tronza robles seculares  
y al fuego voraz afrenta:  
¿quién tomará por su cuenta  
domeñar su furia brava?  
¿quién del torrente de lava  
pondrá dique á la carrera?  
El hombre, el hombre á la fiera  
convierte en dócil esclava.



III

Franklín, con el rayo en guerra,  
en su empeño no decae,  
y, encadenado, lo atrae  
á los senos de la tierra;  
ya con su lampo no aterra  
á la ignara muchedumbre;  
ya con fatídica lumbre  
centellando no corre;  
ya no abate excelsa torre  
ni perfora la techumbre.

IV

Pero es poco: el hombre quiere  
mostrar su egregio blasón,  
trocando la condición  
del rayo, que mata ó hiere;  
que ha de conseguirlo infiere  
frente á frente ó de soslayo,  
y, sin tregua ni desmayo,  
tan ardua tarea empieza,  
que se ha puesto en la cabeza  
*dar educación al rayo.*

V

Ya por hilos conductores  
le dirige con cariño,  
como al inseguro niño  
que camina entre andadores;  
tras luchas y sinsabores,  
tal enseñanza recibe,  
tanto por él se desvive,  
y sus facultades labra,  
que transmite la palabra,  
y, andando el tiempo, la escribe.

. . . . .

X

Él, que un tiempo la avanzada  
fué de la tormenta ruda,  
hoy con su poder escuda



la cosecha amenazada;  
con índole transformada,  
contempladle á todas horas  
como en ansias protectoras  
siempre en vela se mantiene,  
y grita: «la nube viene»  
á las barcas pescadoras.

XI

Si en un día, no lejano,  
fuiste fatal atributo,  
precursor de infausto luto  
de Júpiter en la mano,  
sujeto al imperio humano,  
has sufrido tal mudanza,  
que ya no eres la venganza  
que sepulta en los avernos:  
para los pueblos modernos  
eres lazo de alianza.

XII

Rayo que hiendes las olas,  
pase tu chispa que inspira  
por las cuerdas de mi lira,  
y vibrarán por sí solas;  
crezca en tierras españolas  
tu venidera importancia,  
yo cantaré tu arrogancia  
y fuerza avasalladora,  
que lo que he cantado ahora  
es *la historia de tu infancia* (1).

1881

Celebradísimo es también el comienzo de la *Oda á las Plantas insectívoras*:

Aun cuando es gigantesca la Natura,  
á paso de gigante no camina;  
desde la sombra obscura  
al sol, que los espacios ilumina;  
desde la ingente mole de granito,

---

(1) Por esta poesía tuvo particular predilección el gran poeta Zorrilla, quien decía «Palau pasará á la posteridad por *El Rayo*».



al aire, que en su falda juguetea;  
desde el cristal de roca al aerolito;  
del caos á la idea;  
desde la esponja al ruiseñor alado;  
¡cuántas imperceptibles transiciones,  
cuántos y cuán variados eslabones  
la cadena sin fin de lo creado!

¡Quién á marcar se atreve  
la línea divisoria  
entre el ser y el no ser, si el polvo leve  
recibe, en la mortuoria  
morada, nueva forma transitoria,  
y así la tumba aleve,  
que á mentido reposo nos convida,  
es semillero de fecunda vida!  
¡Quién dirá con fijeza,  
al contemplar el iris franjeado,  
dónde un color acaba y otro empieza!  
¡á qué mortal es dado  
señalar el momento  
cuando, transformación maravillosa,  
la crisálida pasa á mariposa!

¡De qué se ufana la moderna Ciencia  
si precisar no sabe  
la grande ó la pequeña diferencia  
entre el bruto y el ave!

Desde el són al silencio hay el murmullo;  
entre la yema y el abierto broche,  
el virginal capullo;  
entre el día y la noche,  
la lumbre del crepúsculo indecisa;  
entre el gozo y el llanto, la sonrisa,  
y, de mi tesis en potente ayuda,  
entre la fe, que arroba y extasía,  
y la temosa negación impía  
existe la penumbra de la duda.

Poesía que después de cantar la muerte de la aprisionada  
abeja, así acaba:

Vendrá mañana el balador cordero  
y, con diente aguzado,  
para un día vivir, tronchará fiero  
la planta que á morir te ha condenado.

Que en la larga cadena de los seres,  
cuya íntima estructura



es y será al mortal desconocida,  
alterna sabiamente la Natura  
un eslabón de muerte, otro de vida.

1908.

Ya nuestro difunto compañero D. Vicente Barrantes, en la contestación al discurso de D. Manuel del Palacio, al mencionar las varias formas de poesía, leyó algunos tercetos de la *Oda al Carbón de piedra*, cuyos últimos versos queremos recordaros en este instante:

Te han pisado; mas no te han conocido;  
pasaron sobre ti, cual polvo leve  
las varias razas que en el mundo han sido.

Tocábale al gran siglo diez y nueve  
explorar tus veneros con acierto,  
aun bajo la polar cándida nieve.

¡Qué fuera de la Industria, tú encubierto!  
con gratitud en su aflicción te nombra  
*negro maná* de su árido desierto.

Un día fuiste gigantesca alfombra;  
hoy hallamos calor y luz radiante  
donde otros seres disfrutaron sombra:

Que Dios, previendo nuestro afán constante,  
para su hartura reservarnos quiso  
esa fecunda flora exuberante,  
que adorno fué quizá del Paraíso.

Permitidme cerrar estas degolladas citaciones con unos breves trozos nada más de la *Oda á la Geología*:

En oscuras cavernas hacinados,  
animales halló tan asombrosos,  
que, aunque muertos están y destrozados,  
ponen miedo en los pechos animosos:  
aves que al sol lucieron sendas galas,  
que, en rastreante vuelo,  
recorrían el suelo,  
y que de piedra tienen hoy las alas:  
sepultos en el lodo,  
los escualos y saurios devorantes,  
los mamutes gigantes,



que de rehacer la Ciencia encuentra modo;  
razas que un día el orbe dominaron,  
y, por fortuna, á no volver pasaron:  
tan sólo allá en las márgenes del Nilo,  
recuerdo vivo, asoma el cocodrilo.

. . . . .

*Geología* esplendente,  
peana de la Historia  
que en ti fija la planta prepotente,  
y recibe de ti blasón y gloria;  
tu luz es la tan pura  
que presidió del mundo el nacimiento,  
y, en las ondas del viento,  
dió un ósculo á su virgen hermosura.  
Tuyo es el sacro fuego  
que mantienen incógnitas Vestales  
de la tierra en el centro, sin sosiego.

Ciencia nacida ayer, ya eres gigante;  
para á tu arbitrio manejar la tierra  
y remover cuanto su fondo encierra  
heredaste los músculos de Atlante.

Hasta en Nerón el hombre has convertido;  
pues, rasgando los senos de su madre,  
sus entrañas has hecho que taladre  
para ver el lugar donde ha nacido.

Tú miras otras ciencias de estos días  
cómo al sol del saber raudas se elevan;  
mas de improviso caen, porque llevan  
alas de cera, débiles teorías.

Tú buscas en la Muerte  
camino de Verdad, y de esta suerte,  
con firme planta, subes,  
por escalas de piedra, hasta las nubes.

Colección tienes ordenada y rica  
de fósiles y huellas naturales  
(medallas que ninguno falsifica),  
tus teorías son fijas é inmortales,  
que en mármoles se basan y en granitos;  
tus antiguos anales  
por el dedo de Dios están escritos.

Como habéis podido ver por las muestras, la labor poética de Palau es original, es personal y es meritoria, y así lo ha apreciado la crítica en todos sus más variados matices; ya habéis visto la profecía de Cañete; oid ahora la sentencia del



malogrado pero ilustre P. Blanco García, que dejó escrito, refiriéndose sólo á sus *Cantares*: «Melchor de Palau ha sido, ante todo, el primero, el que mejor ha imitado, entre cuantos han escrito *Cantares* en España, las breves y sencillas formas del Arte Popular.» «Palau no es propiamente imitador de Heine, sino algo mucho más admirable y raro: Un hombre erudito que sabe revestirse de la impersonalidad característica de los primitivos bardos populares.»

Con razón ha podido escribir Rahola con noble orgullo regional que si «varios cantares de Palau se han popularizado y se cantan en Alemania, y en el *Albo di Onoranze Internazionali á Cristoforo Colombo*, con autógrafos de los más eminentes literatos contemporáneos en todos los idiomas conocidos, de España sólo hay versos de Zorrilla, Valera, Campoamor, Núñez de Arce y Melchor de Palau; en la *tesis* de las *Verdades Poéticas*, «Palau muestra una verdadera personalidad; sabe extraer la esencia poética del descubrimiento científico; reflejar ese hermoso aspecto que ofrece cada nuevo triunfo sobre la indómita materia; el grito de alegría que acompaña á cada avance y los vislumbres de esperanza que surgen en la fantasía de la humanidad, al ver tal cúmulo de imposibles realizados, por lo que comprende que al leer por primera vez sus *Verdades Poéticas* en el Ateneo de Madrid, provocara el entusiasmo de escritores más ilustres, lo que le permite esperar que cuando llegue ese gran poeta del futuro vaticinado por Sully Prudhomme que en poemas sin lágrimas mostrará un profundo conocimiento de la vida y de las cosas, en lengua sonora y rica, la generación que disfrute de sus versos, al volver la vista atrás, quizás reconozca en Melchor de Palau uno de sus precursores».

Así sea; pero lo que no podrá desconocer esa generación, si llega á existir, seguramente, es el mérito de Palau y la gloria de Cataluña que le produjo, de unificar en su personalidad literaria al creyente, al pensador, al poeta, al sabio y al versificador en una y en otra lengua, evidenciando con ello la armonía de todos estos veneros de santa y hermosa Poesía, ó sea de esplendor literario, de la verdad religiosa, filosófica, científica y artística que en todos los órdenes de la vida derrama sobre el campo inmenso de la creación el



sol engendrador de toda realidad, así como de toda inteligencia.

Contra Melchor de Palau, aclamado por todos los críticos como poeta, no valen las armas ponzoñosas de la negación, tanto racionalista como supersticiosa, tanto empírica como fatalista, tanto centralizadora como separatista, afirmando que la Poesía tiene que ser incompatible con la piedad, con la Ciencia, con la unidad política ó con la variedad social. Palau las desmiente con sólo su presentación oficial en el seno de esta Academia, como antes las desmintió con sus obras, y con justísimo y noble orgullo puede hacer suyos aquellos valientes versos de su amigo y admirador Zorrilla:

Cristiano y español, con fe y sin miedo,  
canto mi religión, mi patria canto.

que, al fin, señores, es siempre consolador considerar, entre tanta y tanta blasfemia como ensucia la pureza y la diafanidad del ambiente, que todo hombre verdaderamente cabal, armónico y eminente, rinde, al fin y al cabo, el tributo de su inspiración á la Patria, forjada en tantos siglos de combate y de gloria, á la sombra augusta de la Cruz, por la espada de nuestros héroes, la pluma y la palabra de nuestros genios y las heroicas virtudes de nuestros Santos.

Dos palabras ahora, para acabar, sobre el punto que ha defendido en su Oración esta tarde. Curioso por demás es el tema que aborda y que resuelve en su discurso, y graciosas y elocuentes las razones que aduce en pro de su tesis, pero no hemos de ser nosotros los que le sigamos en ese camino. Pertenece á una disciplina que nos da las fuentes y los orígenes de las ideas y sistemas, de las escuelas y partidos, y enemigos por tanto de involucrar aspectos diversos de una misma cuestión, que, mal clasificados, corren el riesgo aparente de contradecirse, para llenar los deberes de nuestra contestación nos limitaremos á dar escuetas las fórmulas filosóficas de nuestra opinión sobre este asunto.

El tema puede sintetizarse, como habéis visto, en dos sencillísimas palabras: *la Ciencia como fuente de la Poesía*; y los errores que pueden ocurrir al tratar este tema pueden reducirse



en realidad á dos: el que asienta la incompatibilidad de la *Ciencia* con la *Poesía* como consecuencia forzosa de la oposición entre la verdad y la belleza, entre la razón y la fantasía, entre el estudio y la inspiración, entre la realidad y la fábula, y el que afirma la identidad de todos estos factores y se declara partidario absoluto de la poesía docente y de la enseñanza poética. Errores ambos que tienen por necesario ideal de sus respectivas tendencias: el uno, lo que se ha dado en calificar, con frase irónica é implacable, de *gótico de confitería*; el otro, lo que se caracteriza como en su símbolo más perfecto en *un arte de cocina*, en *aleluyas*.

Reducida á estos términos la cuestión, el problema desaparece y la verdadera doctrina se levanta esplendorosa y refulgente: la *Ciencia* es el conocimiento de la *realidad*, y la *realidad* es la base de la *belleza*; y si la *Poesía* es el arte de *idealizar* la *belleza* de la *realidad*, la *Ciencia* tiene que ser el *venero* de la *Poesía*.

¿Se sigue ó puede seguirse de aquí la *confusión* de la *Poesía* con la *Ciencia*? Absolutamente al *revés*; la *Ciencia*, aunque tenga su *poesía*, no canta, *analiza*. La *Poesía*, aunque tenga su *ciencia* también, no descompone, *idealiza*; y lo que la *Ciencia* *descubre* y lo que la *Poesía* *adivina* esplende con el esplendor divino de la *verdad*, que es aquel género supremo de *bondad* que, por ser el *bien de la inteligencia*, saludamos con el nombre clásico de *belleza* y con el más bello de *hermosura*.

Una vez conformes en esto, todo queda, felizmente, explicado. Si la *Ciencia* es el *conocimiento* de la *realidad*, cuanto más *perfecta* sea la *Ciencia*, más *perfecto* será su *conocimiento*; si la *realidad* es la base de la *belleza*, cuanto más *conocida* sea la *realidad*, más *bella* aparecerá á los ojos de la *Poesía*, que podrá cantarla mejor; y si alguien pretendiese oponer los análisis y abstracciones, ó las piquetas y las retortas, á los ensueños ideales, ése confundirá los métodos, los instrumentos y los procedimientos, y aun los objetos y fines particulares, con el resultado final, definitivo y supremo; y si alguien pretendiese llorar sobre las ruinas de la *fábula*, ante las esplendentes claridades de la *realidad*, ése no ha nacido para condor y le asustan las cimas de los Andes y cree que la *Poesía* es un pintado colorín que sólo acierta á piar entre los hierros dorados de su jaula.



La *Fábula*, más hermosa aún que por sí, lo es por el culto que la rindió la humanidad al adorarla; y los ritos y las liturgias de ese culto ocuparon los genios más grandes de la clásica antigüedad. Por eso el templo es más bello que la divinidad en el culto poético de la *Fábula*.

Sin olvidar que esa *Fábula* era como la *Ciencia toda* de aquella edad en que, por haber perdido el conocimiento de la realidad, se la reemplazaba con la *Fábula*, ó ciencia sagrada de los mitos.

Y este es el punto fuerte del discurso del Sr. Palau. Ante el sol de los prismas espectrales de la ciencia astronómica es muy poco poético el sol que tomaba baños de noche en las aguas del mar helénico, es cierto; pero también aparece aquí el punto débil del que abandona, aunque sea sólo por un instante, los rieles del razonamiento más lógico; aún ante el sol gigante de los prismas espectrales de la astronomía es todavía mayor el *Sol sumiso* de Josué, y más poético aún el *Sol hermano* de San Francisco. El primero deteniéndose inmóvil en su órbita gigantesca y descansando obediente á la voz del soldado de Dios, para iluminar la victoria de su Pueblo. El segundo avivando el centelleo de sus luces ante el Himno de amor que entona al Creador de todas las cosas el que se siente, como hijo del Eterno Padre común, hermano menor de todas las criaturas.

Porque no hay que olvidarlo: el arte, (y la Poesía es el arte por excelencia, y la excelencia de las artes) consiste en *idealizar lo sensible* y en *sensibilizar lo ideal*, y la realidad que aquí vemos por los ojos escrutadores de la Ciencia es la realidad ideal ó sensible, y la Poesía nos sensibiliza el ideal que nos descubre la Ciencia y nos idealiza la realidad que la misma Ciencia nos enseña, haciéndola todavía más bella, más poética y mayor, porque hace más evidente la realidad de su ideal, que es su mayor realidad posible, como que es la eterna *realidad* que fulgura en la eterna *idea* de Dios: El Ser *realísimo* por esencia.

Y por eso y sólo por eso me explico que aun en las ciencias más exactas y más positivas de la *Ciencia* propiamente experimental, hagan tanto y tan brillante papel las hipótesis. Las hipótesis, que no son otra cosa que intuiciones ideales *poéticas* del genio que crea y adivina, lo que no ve, y, buscando el dia-



mante que sueña, llega tal vez á tropezar con la mina en que lo escondió el Creador de los diamantes, de las minas y de los mineros.

Aunque no es necesario, porque ya va resuelta en el razonamiento, no quiero dejar de machacar antes de concluir una objeción de las más *sabias* que preveo.

La objeción de que si la *Ciencia* busca la *verdad* como *especulativa*, y como *práctica*, la *bondad*, suponer que la *Ciencia*, sea fuente de la *Poesía*, que sólo busca la *belleza*, es *confundir la belleza con la verdad*, y lo que es más grave, con la *bondad*, pecado mortal, por lastimosa confusión de palabras, ante la estética moderna.

La respuesta es evidente, á mi parecer: la *Ciencia demuestra*, es cierto, la *verdad*, cuando es *teórica* solamente, y busca la *perfección* por la *bondad*, cuando es *práctica*, *bondad* que *ama* y *quiere* la *voluntad*, pero si la inteligencia, al contemplarlo, lo halla bello, *reposa* en su serena contemplación, se *goza* en el esplendor de su unidad armónica y rutilante, y la *inteligencia* y la *voluntad* entonan enamoradas el himno sublime de su *amor* al *bien* que la visión *hermosa* le produce con su epifanía total, divina, luminosa, esplendente.

Por esta razón científica, sólo tiene poesía el amor que la belleza despierta en el alma por la inteligencia ó por los sentidos intelectuales, dejando para los puramente sensibles el amor á la sensibilidad de los placeres groseros, que sólo por no hacer relación á la parte más noble del alma se suelen calificar de placeres de los sentidos.

Y este es el punto temeroso de la cuestión.

Hoy día hay muchos que, mutilando el hermoso nombre de *Ciencia*, apagan en las regiones superiores los divinos reflejos del sol de la razón humana cuando, proyectando sus luces sobre las más altas esferas del espíritu y de la idea, penetra en sus invisibles estancias, recorriendo el tupido velo que las oculta, conjura y evoca las formas celestes que las pueblan y asciende por escalones de oro y de luz, entre nubes de gloria, á las puertas del Alcázar ingente donde, detrás de las sombras misteriosas del santuario se oculta el Ser absolutamente pleno y perfecto, causa primera, motor inmóvil y fin último de toda



la creación. Ante este acto de *obscurantismo*, transcendente, incalificable y suicida, la *Ciencia*, rotas las alas gigantes que le sostenían en lo alto, en tinieblas el luminoso observatorio de los seres invisibles, pero reales, y de las leyes y formas universales que rigen soberanos los movimientos del mundo inferior, desciende, como un águila herida en el ala y en la cabeza, del cielo, y el coloso que debía cernerse sobre toda la redondez del universo creado, á las plantas de su Creador, se contenta con observar desde el suelo los movimientos de las naturalezas inferiores, en el valle de los seres tangibles y materiales, allí donde apenas llegan vestigios de la luz que inunda las regiones pobladas de seres inmateriales é intelectuales, en cuyas transparentes y luminosas substancias y formas espirituales se reflejan radiantes y deslumbradores los rayos de la luz increada que brota pura y ardiente sin cesar en lo más alto de los cielos.

Ante esta llamada *Ciencia*, separada de toda religión, ajena á toda teología, enemiga de toda metafísica particular, ignorante de toda metafísica general, en malos tratos con la lógica, sin más norte que las hipótesis y sin más resultados que las sorpresas del experimento, el vulgo, que sólo toca los efectos materiales del descubrimiento, se desvanece de orgullo y de placer y como en todos los *fetiquismos* se postra ante el ídolo que le fascina con sus prestigios, pero el sabio que penetra en el fondo del interior y no se para en la corteza de las cosas, por más que aplauda como el que más los éxitos del método experimental en las regiones que le son propias, no se olvida por eso de que hay más mundos que el mundo de la *materia* y de la *fuerza*, que detras del *cómo* está el *por qué*, de que sólo es ciencia verdadera la ciencia *apodictica* de las *causas* y sabedor de las múltiples gradaciones de la realidad y conocedor de la naturaleza divina del verbo activo de su mente, eleva enfrente de la pirámide gigantesca del ser, la pirámide luminosa del conocimiento, hasta completarlas, dándoles finalidad con sus vértices, en cuyas cumbres respectivas saluda anonadada en la una al que se definió diciendo: *Soy el que soy*, y en la otra al que pudo idénticamente definirse: *Soy el que sé*.

Y así como de la *ciencia mutilada* de la *Materia* sólo puede brotar una poesía muerta, ó moribunda por lo menos, así de la



*ciencia integra*, de la *ciencia total*, del *conocimiento verdadero* de la *realidad* puede brotar una poesía magnífica, una poesía sublime, una poesía inmortal, tanto más alta cuanto más divina, tanto más divina cuanto más se aproxima al canto eterno, infinito, absolutamente ideal, que el *Ser que sabe* canta en el seno del *Ser que es*, que no es otro, á los ojos de la Filosofía, que el que la Teología saluda con el nombre sobre todo nombre del *Verbo*, ó sea de la segunda Persona de la Santísima Trinidad, que es por el Padre, conoce por el Hijo y ama por el Espíritu Santo en la revelada y sagrada trilogía del ser que explicó como nadie el genio *científico* de Santo Tomás y cantó como ninguno el genio *poético* del Dante en ese *Poema* que la humanidad artística no se cansa de leer, reflejo poético de esa *Obra Científica* que la humanidad sabia no se cansa de estudiar: *La Divina Comedia* y la *Suma*, monumentos imperecederos é insuperables del genio, demostración patente de la tesis de Palau, pues la Verdad fijada por el filósofo y el teólogo, no sólo atrae por el atractivo irresistible de su bondad útil, con la poderosa diestra del amor, sino que el amor, remontándose á mayores alturas, se sublima, hasta tener como su más alto bien la desinteresada contemplación de la unidad en el orden que esplende su resplandor embargando al espectador que lo contempla con esa inefable y soberanamente célica fruición de los espíritus bienaventurados cuando se transforman en luz y se abrasan en lumbre de amor al contemplar el rayo divino escapado misteriosamente de la nube, en que arde y luce sin consumirse jamás, el Sol increado de los cielos.

Nadie, por tanto, como Melchor de Palau, hombre de ciencia y poeta para clamar autorizadamente por el remedio, predicando á la *Poesía* y á la *Ciencia* el culto íntegro de la *Verdad*, como base de la *Bondad* y asiento de la *Belleza*. Sólo á este precio se podrá todo perfeccionar; porque pedirle á la *Poesía* que abandone los rientes altares de la *Fábula* para cantar los dolores pesimistas de la *Materia*, es pedir lo que no está en las manos de la *Naturaleza* dar, y condenar la *Poesía* á ser solo la abastecedora de *hipótesis* en la *Ciencia*, es entregarla á los más deplorables *idealismos*, los idealismos repugnantes de la culebra, que se arrastra por los légamos de la ciénaga terrestre. No; predique el Sr. Palau á la



*Ciencia* que sea ciencia de verdad, *íntegra, total, absoluta*; que estudie y consiga *demostrar* toda la realidad, sin mutilarla ni proscribirla, y ya verá cómo la Poesía, entonces, arrinconando y desechando las infantiles creaciones *provisionales* de la Fábula, se siente brotar las alas y se lanza entusiasmada á volar por las regiones ideales; esto es, por la región de la *realidad idealizada* y por la región de la *realidad ideal*, hasta abismarse en la contemplación del *ideal realísimo* por esencia: verdadera fuente de saber, verdadero venero de inspiración, como inagotable manantial de la realidad de la Verdad absoluta, como inextinguible foco del esplendor de la Belleza infinita, con cuya contemplación eterna se vivificará nuestro amor, cantando el epitalamio de nuestras bodas divinas, una vez pasados estos días, de prueba y de lucha nada más, entre las sombras y las tinieblas que nos circundan y nos encubren el cielo azul en que brilla esplendente el Sol de nuestros inmortales destinos!



